



CORRESPONDENCIA

GOLFO DE GUINEA

Invención de un pueblo

El R. P. Gaspar Pérez, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe desde Santa Isabel de Fernando Poo el 13 de Marzo de 1896:

VARIAS veces habíamos oído hablar de Ureka. Decíase que estaba situado al Sur de la isla, en punto casi inaccesible, desconocido de los europeos, muy difícil de ser hallado, de tal manera que servía de refugio á los criminales para ponerse á salvo de las pesquisas de la Autoridad; en fin, todo contribuía á dar una idea de un pueblo situado en medio de estos bosques, conocidos solamente por los bubis. Comprendimos, con estos precedentes, que para aquellos infelices eran completamente desconocidos los misioneros y la buena nueva que están encargados de anunciar á los pueblos: dedujimos la degradación en que se hallarían sumidos y la esclavitud á que les tendría reducidos el diablo, objeto inmediato de su culto. Por cuyo motivo nos propusimos llevar allá, aun á costa de grandes sacrificios, algún rayo de luz que fuese como naciente auro-ra del Sol de justicia que confiamos más tarde resplandecerá entre ellos. El P. Antonio Aymemí

y el que subscribe fuimos los destinados por la obediencia para esta empresa. Previa oración, el rezo del Itinerario y la bendición de nuestro reverendísimo Padre Superior, comenzamos la marcha acompañados de dos niños, un krumán y nuestros Angeles custodios, cuya protección vimos patente durante este viaje. Hallamos al paso algunos pueblos bubis, á quienes hablamos de Dios y de su santa ley, brevemente, por supuesto, porque nuestra visita no podía ser larga; á pesar de todo, como dice San Ignacio, siempre se gana algo hablando de Dios. El hecho es que á los pocos días llevaron un párvulo moribundo á la Misión para que no falleciese sin bautismo.

Cinco horas habíamos andado, con pequeños intervalos, cuando llegamos á Rioka, pueblo situado á unos mil metros de altura; allí determinamos pasar la noche.

Fuimos muy bien recibidos por el muchuku ó jefe, llamado Mele, quien, aunque idólatra, nos conoce ya de tiempo y nos tiene aprecio, como la generalidad de los bubis. De aquí es que nos obsequió según permitía su pobreza y el estado de su rusticidad: encendió fuego para secar nuestros vestidos, nos ofreció ñames y alguna gallina; consintió de buen grado que hablásemos de Religión á su gente, pudimos rezar sin ningún estorbo el Oficio Divino y el Santo Rosario: no tenía recelo alguno de nosotros; en una palabra: es un hombre en quien ha comenzado á penetrar la influencia de la Misión. Descansamos bien aquella noche, cosa de que es-



NORUEGA.—Dama de Sætersdal. (Pág. 302)

tábamos verdaderamente necesitados, no sólo por el camino que recorrimos el día anterior, sino principalmente por las incomodidades sufridas á causa de la sinuosidad de los caminos.

Llegó el día siguiente; nos era indispensable una especial protección de Dios y de nuestra Señora Madre; lo comprendimos principalmente por la admiración que causaba á los bubis al oír nuestro propósito de llegar á Ureka. A la verdad, quien conozca medianamente esta isla, sabrá cuán expuesto está el viajero á perderse por corta que sea su jornada, si no lleva un guía conocedor de los muchos y cruzados senderos practicados por hombres y fieras en estos bosques. En esta situación nos hallábamos nosotros. Mele sabía el camino; pero para no comprometerse ó indisponerse gravemente con los de Ureka, no le convenía servirnos de guía, ni mandar á ninguno de sus súbditos. Otros bubis no estaban á mano; bien que de poco hubiera servido, pues por la razón arriba indicada no hubiéramos logrado nos acompañasen, aun cuando se lo recompensáramos largamente. Nuestro amigo se contentó, pues, con enseñarnos el camino desde su pueblo, indicándonos desde allí los muchos lugares en que podíamos perdernos, completamente desconocidos para nosotros. La empresa era verdaderamente arriesgada; y á no mediar un fin sobrenatural, me atrevería á decir, hasta temeraria. Efectivamente, teníamos que andar ocho horas mortales sin hallar un pueblo ni persona alguna á quien preguntar si nos habíamos equivocado, entre montes, valles y desfiladeros, saltando peñascos, pasando ríos, atravesando llanuras, hallándonos unas veces cubiertos de espeso bosque, ladeando otras precipicios horribles; en fin, lo más variable y escabroso que V. se puede figurar. Más de una vez estuvimos dudosos de si pasaríamos adelante ó lo dejaríamos para otra ocasión que ofreciese más seguridad.

En medio de todo hallábamos á veces paisajes verdaderamente pintorescos. ¡Qué helechos! ¡Qué lianas enramadas en árboles seculares, qué cascadas de agua fresca y cristalina! En fin, á no precisarnos el viaje, de buena gana nos hubiéramos detenido largos ratos á contemplar las bellezas que allí nos presentaba la naturaleza. Pero se nos había prevenido que, á ser posible, no convenía pasar la noche en el bosque, que nos preserváramos de los tornados, que eran sumamente peligrosas y repentinas las avenidas de los ríos; de manera que aun los mismos indígenas se veían á veces precisados á pasar semanas enteras en el bosque por hallarse encerrados entre dos aguas; en una palabra, había que hacer un esfuerzo para llegar el mismo día al punto determinado. El Señor visiblemente debió de guiar nuestros pasos, pues contra la costumbre ordinaria nos fiamos en esta jornada más de nuestro propio parecer que del de los jóvenes indígenas que nos acompañaban. Era ya la una de la tarde y aun estábamos inseguros de haber acertado el camino: nos sentamos, sin embargo, comimos un bocado al lado de la corriente, nos reforzamos algo, y entre tanto pasó un chaparrón que á durar algunas horas frustraba todos nuestros esfuerzos. Afortunadamente duró poco, y pudimos defendernos de él con los paraguas. Yo deseaba ya volverme; el P. Aymemí tenía más ánimo,

y Dios coronó finalmente nuestra empresa con feliz éxito.

Eran cerca de las tres de la tarde cuando de repente encontramos una finca de ñames, señal segura de que el pueblo no estaba lejos. De repente se calmaron nuestros temores; sucedió la paz á la zozobra, y la tranquilidad á aquella especie de agonía interior en que por tan largo rato estábamos fluctuando. Finalmente, á las tres de la tarde ya se divisó el pueblo. ¡Silencio! ¡á ver si les sorprendemos! En realidad fué así; apenas nos divisaron una multitud de mujeres y niños, se levantan despavoridos y corren gritando: ¡*Moe! moe! moe!*! (¡Un espíritu, un espíritu, un espíritu!) Con estas voces desaparecen como un relámpago de nuestra vista, y como conejos se meten en sus chozas. Nos acercamos nosotros pacíficamente, y sentándonos en la calle sobre la verde hierba, aguardamos largo rato sin que se nos presentara ninguno de aquellos infelices indígenas. Por fin los hombres, que desde sus fincas habían oído los gritos de alarma, se acercaron á nosotros no sin algún recelo, porque consideraban ellos un imposible que un europeo llegara á su pueblo por tierra. Nos apuraron desde luego con preguntas de quién nos había guiado, por dónde habíamos venido, por qué no habíamos ido por la playa; hasta ocho veces seguidas nos preguntaron por qué habíamos seguido el camino del monte. ¡Dios mío! pensé para mis adentros: ¡qué diferencia entre este pueblo y el de San Carlos! ¡qué distancia tan grande entre un pueblo que nunca ha sido visitado por el misionero y otro donde han comenzado á penetrar las luces del Evangelio! Porque si bien hay mucho que trabajar en el segundo para completar la civilización, no obstante, es inmensa la distancia entre uno y otro, la cual se aprecia con el cambio brusco que se nota saliendo del primero y visitando repentinamente el segundo. Esta consideración fué para mí de grande consuelo, porque tratando de continuo con los indígenas, por ciertos defectos provenientes de su natural carácter, no se aprecia el cambio que en ellos ha verificado la educación religiosa con la ayuda de la divina gracia; mas ahora, teniendo de repente á la vista un retrato de lo que antes eran, veía á las claras los frutos producidos por nuestros continuos trabajos.

Después de largo rato de permanecer en la calle, cansados, y sintiendo el frío producido por el aire que allí era fresco y penetraba por nuestros vestidos empapados en sudor, les pedimos nos insinuaran cuál era nuestro alojamiento; á lo que contestaron que la misma calle, que ya nos harían ellos compañía durante la noche, encenderían fuego y así prepararían los ñames y demás necesario para comer. No acababan de fiarse de nosotros: todo eran temores, recelos, sospechas, etc. Un niño que durante nuestro razonamiento nos trajo agua por orden de su padre, al aproximarse á nosotros tiró la calabaza y escapó corriendo. Con estos datos podrá V. apreciar por dónde hemos tenido que comenzar nuestro ministerio en la mayor parte de los pueblos de esta isla. Pero sigamos el relato. Viendo que de veras querían hacernos pasar la noche al raso, después de once horas de andar; y que la suavidad no conseguía nada de aquellos corazones acostumbrados á dar culto al demonio por miedo, les dijimos:

—¿Qué dirán los españoles cuando les contemos el pobre recibimiento que nos hacéis?

Al oír esto el viejo de entre ellos que llevaba la palabra, preguntó con susto:

—¿Lo é bapaña?

—¿Vosotros sois españoles?

—Vaya si lo somos, contestamos.

Entonces nuestro hombre comienza á decir á gritos que nos traigan de todo; y en un momento hombres, mujeres y niños se apresuran á traer ñames, gallinas, agua, tupé, etc., mientras nuestro muchuku nos acompañaba á la casa de huéspedes, que si bien carece de segundo piso, es no obstante capaz y proporciona suficiente abrigo para pasar una noche. Entramos, pues, hicimos fuego, secamos nuestros vestidos, rezamos y preparamos nuestra comida, siempre con cincuenta ojos encima: no perdían el menor ademán, ni la más pequeña acción de cuánto hacíamos.

Quisimos hablarles de Dios y de nuestra misión; pero tuvimos que desistir: el terreno no estaba dispuesto, y el efecto hubiera sido contrario. Contentámonos, pues, con haber hallado el pueblo, hacerles algún regalito para manifestarles cariño, y nos despedimos de ellos con amabilidad, siendo acompañados hasta los límites de sus fincas: los pobres aún no acababan de confiar en nosotros, y temían nos quedásemos escondidos cerca de ellos. ¡En qué densas tinieblas están sumergidos! ¡Cuánto hay que desbastar de aquellas infelices inteligencias para que pueda imprimirse en ellas nuestra santa Religión! He aquí, amado Padre, escrita á grandes rasgos, la invención de un pueblo empeñado por decirlo así en permanecer oculto, en el cual se ve claramente lo que son los infelices bubis en medio de las selvas antes de conocer al misionero. ¡Quiera el Señor oír nuestras humildes oraciones y las de tantas almas santas que elevan en secreto á El sus plegarias y sacar del infeliz estado en que se hallan estos desgraciados que no reconocen otro Dios que el enemigo de sus almas! Nosotros entre tanto, ayudados de la divina gracia, buscaremos á estas pobres ovejitas descarriadas para llevarlas al redil de nuestro buen Pastor que dió su vida por ellas.

ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO, POR EL R. P. FR. ENRIQUE VACAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

X

Nanki Jukima

HABRÁN comprendido seguramente nuestros lectores que, con este título, no nos proponemos tratar de manera especial del héroe salvaje, cuya historia vamos refiriendo, sino de una cosa de idéntico nombre. En efecto, no ablamos aquí del capitán Nankijukima, sino del terrible Marte de la mitología, del sangriento *nanki jukima* de los jívaros, de la guerra.

Nanki jukima (1) en jívaro significa literalmente

(1) De aquí ha tomado su famoso nombre el capitán cuya historia relatamos, por ser el tipo más acabado del jívaro. Los jívaros toman sus nombres de los cerros, ríos, plantas, aves, anima-

llevar lanza al combate; el sustantivo *nanki* es lanza, y el verbo *jukima* llevar. Como hemos dicho en otra ocasión, la lanza es el móvil del salvaje, y se confunde en su lengua con la guerra y el combate mismo.

La guerra ha sido casi siempre el estado normal de estos salvajes, y no hay hombre que á la edad de veinte años no haya entrado alguna vez en combate. La costumbre ó necesidad de buscarse mujeres en tribus extrañas y de robar cuanto encuentran en casas enemigas; el odio profundo é inextinguible á los contrarios; el deseo ardiente de vengarse de ellos; la obligación rigurosa de resarcir daños y ofensas de antaño y hogaño; la gloria, esa gloria incomparable de valiente capitán que corra en alas de la fama de boca en boca y de tribu en tribu, infundiendo respeto y terror por doquiera; el supersticioso pensamiento de adquirir una *zhanhza* para hacerle fiestas y asegurar, por este medio, el buen resultado de sus empresas, el adelanto de la casa, la prosperidad de la familia, el engrandecimiento de la tribu; en fin, la necesidad de sacrificar algo que tenga visos de religión, ó más bien de ofrecer al diablo, á quien únicamente adoran, víctimas que lo hagan propicio; todo esto influye grandemente para mantenerse siempre en guerra, para no pensar sino en ella, para no hablar más que de ella, y hasta para creer que su raza no tiene otra razón de ser sino ella.

Las tribus que habitan el Upano, por la parte Sur de Macas, son las más numerosas y más fuertes, y allí está concentrado todo lo más granado de la raza jívara. Estas han derramado el terror en torno suyo á todas las tribus limítrofes; los chiguandos, los chirapas, los pindos, los achuales, los canduashis, los patucas, los guambisas han experimentado mil veces los asaltos nocturnos y las consecuencias horribles del furor de esos tigres del desierto. Los chiguandos y pindos que habitaban en el antiguo camino de Macas á Canelos fueron totalmente exterminados; los guambisas que vivían á orillas del Morona, se creyeron tan poderosos que cincuenta de ellos se atrevieron á venir hasta Macas, mataron varias familias, robaron mujeres, y en la retirada se batieron con cuantos les salían al encuentro. En desquite los upanos levantaron numerosas expediciones contra los guambisas, y casi arrasaron esta tribu, ó al menos obligáronla á retirarse á lejana región.

Las guerras notables de estos últimos años son la de la destrucción del Pindo, y las expediciones de los upanos contra los canduashis.

El Pindo; pequeña población de familias jívaras, reducidas por los misioneros, hallábase á la orilla izquierda del Pastaza, en el medio término del camino de Baños á Canelos. Laboriosos, activos, dóciles al sacerdote mostrábanse los pindos; sus servicios al pasajero eran imponderable, ya brindándoles posada y proveyéndoles de víveres, ya transportando cargas, ya haciéndoles pasar los peligrosos ríos. Y las relaciones y alianza trabadas con los indios cristianos de Canelos eran venta-

les, etc., que conocen. *Yakuma*, por ejemplo, nombre propio muy común, significa *mono*; *Chingi* significa *avecita*. De manera que la Revolución francesa aboliendo el calendario católico, no hizo más que preferir una costumbre salvaje al luminoso y consolador santoral eclesiástico que revela misterios y respira heroísmo. ¡Hazañas de una civilización anticristiana é impía!

josas y estrechas. Esto excitó vivamente la cólera de Charupe, gran capitán de los upanos, quien juró destruir la naciente población.

Charupe bebió el *natema* en la colina sagrada; y el *iuanchi* díjole que sin dilación reuniese bajo sus órdenes á los demás capitanes de los upanos Pigro, Yumala, Uisuma, Timasa, etc., y á cuanto soldado viviese cerca del Kanusa (1); acometiese la población con furor, y la barriese de la faz de la tierra; porque los pindos eran traicioneros, reos de muerte, indignos de ocupar un rincón del bosque, por haberse ligado á una tribu enemiga y cristiana.

Charupe recorrió todas las tribus del Upano, del Pastaza al Morona, y parecía el mismo Lucifer con su actividad, elocuencia, profunda penetración y airado ceño, agitando numerosas huestes, para llevar el exterminio sobre el pobre Pindo, que yacía tranquilo y desprevenido. Persuadió á cuantos le oían que era preciso aniquilar una tribu enemiga y una población escudada bajo la égida de un rival suyo, el capitán Palate de Canelos; juró que el *iuanchi* le había prometido segura victoria; que sus trofeos serían mujeres para esclavas del placer y del servicio, y muchas cabezas para dise-carlas y hacerles fiestas; que su gloria llegaría hasta las estrellas, y su fama cundiría por toda la jivaría; que el *iuanchi* mismo, á quien debían ser agradecidos y obedecer todos, se reiría con sardónica sonrisa de la desgracia del Pindo, y se complacería grandemente del valor y audacia de los upanos...

Los upanos se levantaron como un solo hombre al llamamiento del capitán, y le siguieron como bandada de halcones que, cubriendo las nubes, vuela en dirección á la codiciada presa.

Increíbles son las precauciones que tomaron para no ser apercibidos por los pindos: caminaban de preferencia en la obscuridad de la noche á la claridad del día, y más bien daban inmensas vueltas antes que pasar cerca de una casa ó tribu que pudiera delatarlos: muchas veces hundíanse en el agua hasta la cintura, y otras hasta el cuello ó se dejaban arrastrar á nado por la corriente, y así avanzaban leguas enteras, para no imprimir pista que los descubriese en el suelo sospechoso que oprimían sus plantas, y para no ser sentidos ni de los perros, alertas centinelas tanto del pequeño tugurio como de las majestuosas termas de los hijos del desierto: poníanse unos tras otros espías y avanzadas numerosas, y ninguna precaución les parecía inútil para dar el certero golpe.

Una noche del mes de Octubre la cúpula del firmamento había tomado un azul sumamento pronunciado y bello en extremo; avanzaba calladamente la infinidad de rutilantes estrellas trazando figuras caprichosas, ocultándose unas y apareciendo otras, hacia la cima meridional del cielo de media noche, y durante el frío nocturno derramaban los astros su refulgente lumbre sobre las rápidas corrientes del Pastaza. A la algazara, gritos y ruidosa bacanal de una fiesta recién terminada en el Pindo, acababan de suceder el silencio profundo del desfallecimiento causado por la destemplanza y el sueño torpe de la borrachera llevada á su último grado:

(1) Los jívaros llaman con este nombre al Upano.

todos dormían ó yacían inmóviles en las chozas del desdichado Pindo, sin sospechar siquiera la catástrofe que les amagaba.

Charupe sabía ó adivinaba el estado de impotencia de sus enemigos para defenderse, y quería aprovechar la ocasión de acabar con todos de un solo golpe.

El Pastaza hallábase crecido: no importa, Carupe manda á sus soldados seguirle é imitar su ejemplo: tiende el escudo sobre las encrespadas ondas, apóyase en él, lo empuja en dirección á la orilla opuesta, y á poco rato caminaba hacia la población silenciosa.

—No dejéis escapar á nadie, guerreros, dijo á los soldados; rodead todas las casas, aseguraos de las puertas, matad á todo varón viejo, joven y niño, cortadles la cabeza sin excepción: tomad para vosotros las mujeres jóvenes, y no perdonéis viejas y niñas; no importa sean del sexo débil, son seres inútiles: envolved en vuestra rabia hasta los animales, y en seguida, cuando hubiereis muerto todo ser viviente, prended fuego á las casas, de manera que no quede rastro de vida en el Pindo, pero queden sí, en cambio, eternas y vivas las señales de haberse cernido allí la tempestad de nuestra venganza...

¿Quién puede imaginar la confusión, el terror y los horrores de la realización inmediata de tan terrible sentencia? Todo se cumplió á la letra con un refinamiento de crueldad indescriptible; nadie escapó, como el troglodita Charupe lo había decretado, excepto las mujeres jóvenes que formaron parte del botín del vencedor; los demás perecieron entre ayes dolorosos y gemidos desgarradores á las lanzadas de los asesinos ó en medio del fuego que los devoraba.

Un solo joven pudo por milagro salir de las llamas y dirigirse á Canalos, caminando dos días con sus noches, á dar la triste noticia al capitán Palate. Este quedó como azogado, lívido de furor al oír la relación del joven pindo; llamó al instantes á sus soldados.

—Vamos, les dijo, partamos, lanza en mano; corramos veloces como el galgo tras el ciervo cobarde, volemos en alas de la venganza tras los asesinos; quizá les demos alcance...

ARAUCANÍA (Chile)

Trabajos misionales efectuados en varias Reducciones

El R. P. Fr. Bernardino Carrasco, misionero franciscano, escribe desde Victoria el 25 de Marzo de 1896:

A QUINCE kilómetros de Victoria hay tres Reducciones de los caciques Paillaman, Melinao y Pichiqueñenao, á los cuales me dirigí en los primeros días de Noviembre del 95. Mi primer pensamiento fué reunirlos en una é instalar la Misión en la del medio, pues están á un kilómetro unas de otras y en línea recta. Pero los indios, como cualquier hijo de vecino, tienen también sus pretensiones, y aquí se mostraron exigentes: querían que en cada Reducción les diera una Misión, alegando que á ello tenían derecho en virtud de la independencia de que gozaban entre sí sus respectivas Reducciones. ¿Qué hacer en semejante circunstancia? Si es cierto que el tiempo es oro, lo es con especialidad cuando un misionero se encuentra solo en

medio de varias Reducciones de infieles, á todos los cuales quisiera reducir á la fe cristiana. Yo deseaba ganar tiempo, y he ahí el motivo de querer dar una sola Misión, á la cual debían concurrir las otras dos, puesto que estaban á pocos pasos, como dije ya, unas de otras. Por fin, todos cedimos algo, y así di dos Misiones, concurriendo Reducción y media á cada una.

La primera de estas Misiones tuvo lugar en la Reducción del cacique Payllaman Zapatta. Desde los primeros días asistieron con puntualidad los indios á instruirse en la doctrina cristiana, y de ese modo pudieron en no muchos días adquirir conocimientos indispensables para bautizarse y casarse los grandes, que voluntariamente querían hacerlo.

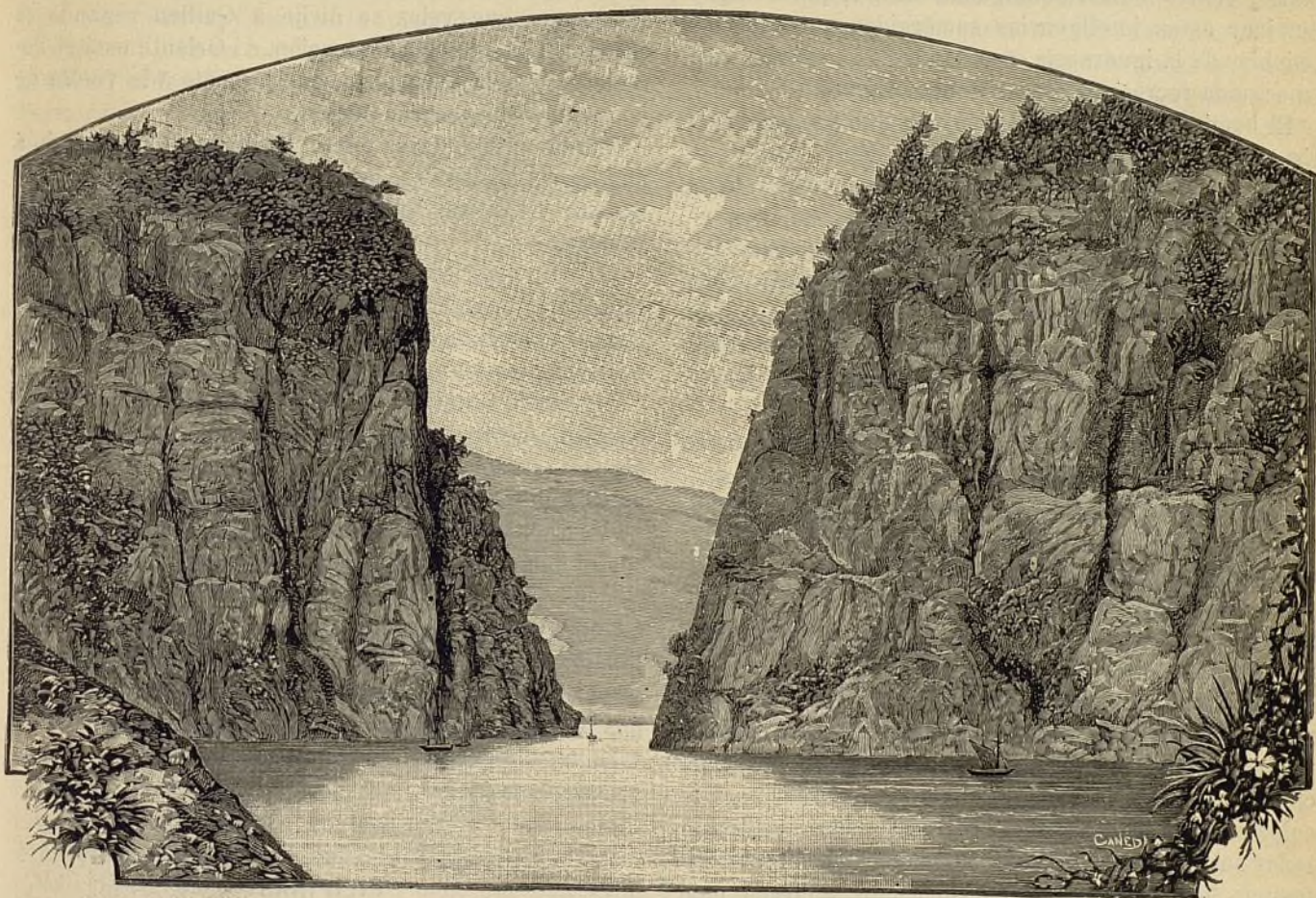
Hay una circunstancia que contribuyó al buen éxito

El fruto espiritual obtenido de los españoles ó no indígenas no es poco lisonjero, pues hubo algunos bautismos, matrimonios y bastantes confesiones. ¡Gloria á la colonia española, á cuyos constantes esfuerzos se debe en gran parte el magnífico resultado de esta Misión!

De ésta pasé á la de Martín Pichiqueñenao, dejando al medio la de Dolores Melinao, por el motivo antes expuesto.

Esta Reducción esta sita en un delicioso valle, entre dos cristalinas corrientes: Rehuecoyam al Norte, y Perquenco al Sur. Al Oriente se ostentan majestuosos robles seculares, y al Poniente deslízanse pequeños, pero pintorescos arbustos.

La constancia en el bien es uno de los medios más eficaces para conseguir un noble fin. Esta fué la com-



NORUEGA.— La puerta de Suledal. (Pág. 303)

de esta Misión. Inmediata á esta Reducción reside una colonia de españoles que, no desmintiendo la justa fama de católicos, se daban cita para concurrir á todas las distribuciones de la Misión, ayudando á enseñar el rezo á los indios con una constancia admirable, digna de aplauso. Debido á esa constancia y entusiasmo de la colonia ya mencionada desapareció la ignorancia de los indios, se iluminó su inteligencia, se movió su corazón al bien, y con inmenso júbilo de ellos mismos y del que subscribe se bautizaron veintiún indios y se unieron con el sagrado vínculo del matrimonio cuatro parejas.

Para apreciar este resultado hay que tomar en cuenta que esta Reducción es pequeña, y que sólo concurrió la mitad de la del cacique Melinao, que también tiene pocos habitantes.

pañera inseparable de los indígenas de esta Misión; asistían con toda puntualidad á todas las distribuciones de mañana y tarde. Siendo esto así, ¿cómo se podría extrañar que esta Misión diera relativamente abundante y sazonado fruto? En esta Misión hay que bendecir al cielo de un modo especial, hay que admirar una vez más los eficaces efectos de la gracia por un acontecimiento notable entre los indios. Que los hombres civilizados asistan á oír la palabra de Dios que regenera al mundo, para instruirse más y más en las verdades de nuestra Religión, tan suave, tan dulce, tan simpática para las almas nobles, es la cosa más natural, puesto que ellos conocen sus saludables efectos; que las naciones y pueblos cultos corran á recibir las bendiciones y gracias que Dios á manos llenas derrama

por conducto del misionero sobre los pecadores arrepentidos, nada tiene de raro, desde que ellos saben que el único camino que puede conducir al cielo al hombre reo de pecado es la penitencia. Por eso es que corren á los pies del misionero implorando con lágrimas el perdón de sus culpas. Mas, que los antes indómitos araucanos tengan sus delicias en oír hablar de Religión é instruírse en ella, ya es otra cosa; que los lobos se conviertan en mansas ovejas, es algo fuera de lo ordinario. Esto es, sin embargo, lo acaecido en esta Reducción, como luego veremos. Se instruyen los indios, se bautizan, se unen con el sagrado vínculo matrimonial, se reconcilian con Dios en el tribunal de la Penitencia, y no satisfechos todavía, se sientan á la mesa Eucarística á recibir el Pan de vida cinco de ellos, un indio y cuatro indias. Bendigamos á Dios, que se dignó iluminar estas inteligencias sumergidas antes en las tinieblas de la ignorancia, y ablandar su corazón para en seguida recrearlos con el Manjar divino.

El buen ejemplo atrae al bien más que las palabras. Esto que tiene lugar hablando de la gente culta, ¿no tendrá lugar también entre los indios? La respuesta es afirmativa. Muchos indios viendo á sus hermanos acercarse al confesonario y después recibir la Sagrada Comunión, querían también imitar su ejemplo; mas, como todavía no tenían la suficiente instrucción, con gran sentimiento de mi alma los dejé para otra oportunidad; á lo cual accedieron en vista de las razones que yo les expuse.

En las dos Misiones de que he hablado, la semilla cayó en buena tierra y produjo el ciento por uno.

Ahora vamos á entrar á un campo sembrado de espinas, el cual debe cultivarse con especial cuidado á fin de que produzca abundante y sazonado fruto.

La Misión á que me refiero es la del cacique Llanca-mil. Tiene esta gran Reducción más de treinta rucas, y más de doscientos indios son sus moradores. ¡Qué Misión tan llena de dificultades en su principio, Dios mío! Un cacique de más de cien años, que en todo el tiempo que el Señor le concediera de vida no había hecho ni pensado en otra cosa que en arraigarse en ridículas supersticiones, era el que trataba de impedir con todas sus fuerzas la Misión. Cuando después de mil esfuerzos lo admitió, él no quería asistir á ella; y este mal ejemplo era imitado por sus mocetones, que tampoco querían concurrir. ¿A quién iría á evangelizar é instruir en la Religión cristiana? debería llamar, como mi Seráfico Padre Francisco, las aves que vuelan por el aire, los peces que nadan en Perquenco, á cuya orilla está sita la Reducción, y á los ganados que en abundancia pacen en aquellas fétiles campiñas? Le hablaba de las dulzuras de la Religión que les iba á predicar, y él me contestaba con su palabra favorita: *Pilan*: «No quiero.» Esperaba yo, é insistía con nuevos argumentos; pero no se podía obtener otra respuesta que el desconsolador: *Pilan*: «No quiero.» Era una fortaleza de granito la que debíamos tomar, y las municiones humanamente hablando ibanse agotando. En semejantes apuros parece que es cuando uno se acuerda más de implorar los auxilios de lo alto; y Dios parece que se complaciera en esperar que se agoten todos los medios humanos para concurrir con los divinos.

Dios ablandó aquella roca, y para conseguirlo se sirvió de un instrumento muy débil á la simple vista. Una señora se ofrece hablarle; lo hace, y el cacique accede á todo lo que deseábamos. Desde este momento todo cambia favorablemente en la Misión. Asistencia constante mañana y tarde, verdadero empeño en aprender las enseñanzas cristianas, y aun entusiasmo se notaba en los indios, poco antes duros como una roca y helados como la nieve. En los últimos días de la Misión, instruídos lo mejor que se pudo, se bautizaron noventa y cuatro indios y se casaron veintidós parejas.

A dos kilómetros de la Misión de Llanca-mil está la Reducción de Colvucura, á la que me trasladé después de haber anunciado la Misión. Esta Reducción está situada en una pintoresca planicie, desde la cual se deja ver un hermoso panorama dirigiendo la vista hacia Perquenco, que veloz se dirige á Quillen regando el costado Norte de esta Reducción. Al Oriente está el floreciente pueblo Perquenco, que promete á la vuelta de pocos años ser un gran pueblo.

Con el auxilio de la gente civilizada di principio á mis tareas misionales, logrando, con el favor de Dios, instruir y bautizar ochenta y tres indios y casar diez parejas.

El fruto espiritual obtenido de la raza indígena en ésta, como también en la Misión anterior, es cuatrocientas cincuenta y tres confesiones; comuniones hubo cuatrocientas veinte.

Siguiendo las cristalinas aguas, no del caudaloso Picoiquen que se divisan allá en lotananza, como diría alguien, sino del Perquenco; marchando bajo la agradable sombra de los *coyam*; percibiendo el suave murmullo de la corriente de las aguas; recreando los oídos con el alegre canto de los pajarillos cobijados en la enramada, llega uno casi sin advertirlo á la gran Reducción del cacique Martín Sargento Monthe.

Este juntó inmediatamente sus mocetones, y dimos principio á la Misión, que dió por resultado sesenta y dos bautismos y catorce matrimonios de indígenas. De raza no indígena hubo trescientas confesiones y doscientas comuniones.

FILIPINAS

Conversión de algunas familias moras.—Ventajas de haber abolido la esclavitud.—Celébrase con esplendor la fiesta de la Purísima.—Trabajos con los tirurayes.

Del precioso cuaderno X de las *Cartas de los misioneros de la Compañía de Jesús en Filipinas*, que hemos tenido el gusto de recibir, extractamos lo siguiente de una carta que desde Tamontaca escribe el P. Mariano Suárez al R. P. Juan Ricart, superior de la Misión:

DESDE que V. R. como superior visitó esta Misión del Río Grande ha cambiado notablemente el aspecto de ella. Va desapareciendo, gracias á Dios, poco á poco de los moros ese horror que tenían antes á los cristianos. En otro tiempo se avergonzaban de tener parientes que hubiesen recibido el bautismo, y hoy día muchos lo tienen á honra, y los que se hacen cristianos son un reclamo muy poderoso para los parientes que dejan en la morisma, los cuales concluyen por venirse con nosotros. De poco tiempo á esta parte, he presenciado

la venida, no sólo de varios sujetos, sino también de familias enteras y algunas por cierto bien numerosas; todas por la misericordia de Dios continúan aquí, y á medida que se van instruyendo se van bautizando. De estas familias, que vienen para hacerse cristianas, se quedan algunas con los parientes que tienen en este pueblo; pero á la mayor parte las recibimos en estos Establecimientos. Y por cierto que con frecuencia vemos cosas bien providenciales. A primeros de Septiembre se nos presentó una familia compuesta de dos matrimonios con dos ó tres hijos cada uno, habiendo dejado á su padre con otros moros sus parientes; el pobre viejo al verse sin sus hijos y nietos, á pesar de sus setenta años, de estar ciego y encorvado y apenas poderse tener en pie, se presentó un día para visitar á sus hijos, y al oírles hablar se echó á llorar el pobrecito: le dije que se quedase con nosotros, y así estaría al lado de sus hijos; aceptó gustoso, y se va instruyendo poco á poco. Pasa todo el día en el dormitorio de los pequeñitos, y da gusto ver como ya un niño, ya otro, le van acompañando, llevándole de su palito de un punto á otro. A éste sí que Dios nuestro Señor le ha llamado á la hora de nona y se lo ha quitado al demonio, cuando ya se habría echado la cuenta de que era suyo. Los datos, y el diablo que les atiza, no están nada contentos de que se les vaya la gente y se vengán con nosotros para hacerse cristianos; prueba de ello es que á mediados de Agosto pasado nos avisaron que estuviésemos alerta, pues unos moros querían venir á matarnos; porque decían que quitando del medio á los Padres no se les iría la gente á ellos. Nada, gracias á Dios, ha pasado: en primer lugar porque su Divina Majestad no lo ha permitido, y en segundo lugar porque ya los moros de este Río Grande no se atreven á hacer de las suyas como antes. He aquí el gran bien de haberles quitado la esclavitud, pues hace pocos años bastaba que viniese por ellos el dato ó su amo, para que sin remedio hubiésemos de entregarles á los que querían salir de las garras del demonio y entrar en el redil de Jesucristo. Era cosa que partía el corazón verles marchar contra su voluntad, llorando desesperados, previendo los malos tratos que les esperaban, y que el día menos pensado serían vendidos á otros moros bien lejos de aquí, para quitarles la ocasión de escaparse de nuevo á los cristianos. No dudo, Padre mío, que con estos moros, por más que hay que confesar que son reacios de veras, se podría trabajar mucho y con fruto, el día que se tomase una providencia formal contra tanto seherif que vienen de continuo á fanatizarles y á hacerles antiespañoles. Yo tengo para mí, que en este Río Grande ha llegado ya la hora en que el Gobierno debía hacer desaparecer el sistema de datos, y á éstos por lo pronto nombrarles gobernadorcillos é imponerles nuestros usos y costumbres, pues una nación civilizada y católica como nuestra España, no debe respetar usos y costumbres salvajes, como son los de estos moros. No crea V. R. que los datos se conforman fácilmente con la abolición de la esclavitud. Apenas tomó posesión el actual gobernador de Cottabato, ya tantearon en seguida si el Sr. González Montero aflojaba algo en este punto, en que su digno antecesor el Sr. Novella fué siempre tan inexorable. El haberles quitado la esclavitud es el paso más grande que se ha dado en este distrito

y el que más daño ha hecho á Uto, y prueba de ello es que aún ahora busca mil medios para que le devuelvan los esclavos, que se le escapan. Ya ve V. R. como han cambiado las cosas.

Esto de Tamontaca también lo encontrará V. R. desconocido. En esta Misión se ha verificado al pie de la letra aquel refrán de que no hay mal que por bien no venga. En lugar de los edificios de tabla y cogon que teníamos antes, que los moros enviados por Uto nos quemaron, encontrará V. R. una iglesia, que no dudo en afirmar ser la mejor de todo este Sur de Mindanao. A todas cuantas personas la han visto les ha gustado mucho, sobre todo lo que más les admira, es que se hayan hecho aquí mismo, por estos libertos, las tejas, ladrillos, etc., y hasta los altares laterales, que son de buena arquitectura. También hemos ganado en cuanto á la salud, pues desde que nos trasladamos á este brazo Sur del Pulangui, han cesado las calenturas que continuamente nos molestaban. Ambos establecimientos están rodeados de una muy hermosa y variada arboleda.

Hemos celebrado con todo el esplendor posible la fiesta de la Purísima Concepción, Patrona de este pueblo. Nos preparamos á ella con una novena que terminó con la comunión general de los niños y niñas de ambos establecimientos y alguna gente del pueblo. El día de la fiesta estaba la iglesia hermosísima. Nos honró con su presencia el señor Gobernador de Cottabato. Vino en uno de los botes del *Marqués del Duero*, cuyo comandante, D. Salvador Cortés, quiso acompañarle en unión del secretario del Gobierno civil y del médico de á bordo. A las ocho se empezó la Misa del maestro Pontí, cantada á cuatro voces por los niños del establecimiento acompañados de armonium, flautas, clarinetes, bombardino, barítono, violines y cornetín; todos estos instrumentos tocados por estos libertos bajo la dirección del P. Bennasar. La Misa y el penegírico de la Purísima estuvieron á cargo de este zamorano. Durante el Ofertorio se cantó el *Tota pulchra* del P. Rosés, por un coro nutridísimo de niños y niñas de ambos establecimientos. Quedaron admirados todos los españoles de que los niños en el coro y las niñas desde abajo, sin ver la batuta, cantasen tan acordes y entrasen ya unas voces ya otras tan á tiempo. Pero á mí aun me admira más, cómo las niñas se aprenden cualquier papel. Hace pocos años que el Padre Bennasar dió á las madres un método de solfeo, y aunque es verdad que alguna de ellas sabía un poco, se han ingeniado de modo, que sin más maestros, ellas solas han enseñado á las niñas, algunas tocan ya el armonium y cantan casi de repente cualquier papel. Son estas niñas aficionadísimas á la música; tanto que uno de los castigos que les imponen es privarlas de cantar. Al salir de Misa hubo un rato de esparcimiento. Los niños libertos bailaron el moro-moro; no sin pequeña algazara de la gente menuda y aún de la grande. Si alegre fué este acto, aún lo fué más y más concurrido, el que se siguió. Antes de retirarse á sus casas, repartimos á cada vecino su ración de carne, para lo cual tuvimos que matar la víspera dos vacas. A los tirurayes, que bajaron del monte, se les dió además arroz, para que pudiesen hacerse aquí la comida. Después de esto todo el mundo se marchó alegre como unas pascuas. Vinieron para la fiesta muchas familias de Cottabato y aún de Po-

llok. Jamás había visto tanta gente en Tamontaca, y nadie hubiera dicho que la mayoría eran moros, pues todos andaban muy bien vestidos. Ese día también estrenaron un vestido completo todos los niños y niñas de ambos establecimientos. La procesión de la tarde fué concurrendísima. Durante el curso cantaron los niños de coro, acompañados de instrumentos, el Santo Rosario y otros cánticos á la Santísima Virgen; cerraba la procesión el preste revestido de capa pluvial, y un pequeño piquete de tropa de este destacamento. Las mujeres, al estilo de España, iban detrás, y las niñas pequeñas del Colegio, vestidas de ángeles, llevaban unos estandartes de los misterios del Rosario; de modo que todo junto daba un aspecto hermoso y lucidísimo á la procesión. Los vecinos habían levantado en diversos puntos, varios arcos. Al llegar á la iglesia se cantaron las Letanías, y por último el «Adiós, Reina del cielo,» á tres voces, de García. Este fué un acto verdaderamente conmovedor. Concluida la función hubo cohetes y ruedas muy bonitas, que nos mandaron de ésa, las cuales divertieron extraordinariamente á estos nuevos cristianos.

Cuatro palabras antes de concluir, sobre los tirurajes de estos montes. Mucho, muchísimo trabajó en su reducción el difunto y santo P. Gerrico; y mucho, muchísimo empeño han puesto en hacerlos cristianos y en que formen pueblo el P. Juanmartí y el P. Bennasar: pero no corresponde el fruto al trabajo. Es una raza que no sabe dejar el monte. Para hacer sus sementeras, talan cada año una buena parte, y como ya les queda poco por talar, tememos que en pocos años se nos vayan muchos de ellos. El P. Bennasar en cada excursión que hace por dichos montes baja unas cuantas parejas, y mientras se les proclama, tenemos á los hombres en el convento y á las mujeres las mandamos á casa de las madres, y se aprovecha este tiempo para instruir á los unos y á las otras. La reducción del Siauan es la que parece ha echado mas raíces, y así estamos al presente haciendo nueva aquella capilla, pues la hormiga llamada *anay* se había apoderado de la mayor parte de las maderas.

Ahora ya tenemos maestro y maestra con título de la Normal. La maestra es una Madre, que vino á primeros de Julio, y como no había edificio para escuela de niños, la pusimos interinamente en los bajos del Colegio de niñas, interin hacíamos una de tabla por nuestra cuenta.

CAROLINAS OCCIDENTALES (Micronesia)

Particularidades de las islas Palaos pertenecientes al gobierno de Yap (conclusión)

EL ALMA.—Es creencia común de estos naturales que hay en todos y cada uno de nosotros una alma; esto es, un ser que ellos llaman *adelep*, completamente distinto del cuerpo; pero creen que puede separarse del cuerpo por algún tiempo, sin que éste quede muerto. En cuanto á sus cualidades, la creen inmortal, con facultades intelectuales é inmortal. Sobre el destino de éstas después de la separación del cuerpo por la muerte, no están bastante ciertos ni del todo acordes; pero la creencia más general es que las almas de los ri-

cos y nobles (que son los jefes principales, sus familias y parientes y allegados) suben al cielo, y las de los pobres se marchan al bosque, donde permanecen errantes sin morir jamás.

NIGROMANCIA.—Puesto que hablo del alma, voy á describir los dos actos principales de *nigromancia*, ó sea evocación de los difuntos, que practican estos naturales. La primera de estas lúgubres ceremonias tiene lugar indefectiblemente siempre que se muere alguno, al cuarto día del entierro.

Para esto se reúnen los principales del pueblo (y sobre todo las viejas), y hacen un gran ramo de ciertas y determinadas plantas y hierbas, y lo pasean por las casas con alguna prenda del difunto. Al caer de la tarde se reúnen en la casa mortuoria, se sientan en el suelo formando círculo, y principia la función. A una de estas ceremonias asistimos un día los dos Padres, y vimos lo siguiente: Una de las más viejas se sentó en medio de la casa, tendió perfectamente sus secas piernas, y sobre ellas acomodaron una esterita fina de palma, que á ellos les sirve de manta para dormir; encima colocaron el ramo de pie sobre su base, y sostenido además por una pieza de tela envuelta al mismo pie en forma de peana; de modo que se sostenía por sí solo. Hecho esto, la vieja bruja, en tono grave y misterioso dirigió al ramo una pregunta, á la que siguieron todas las mujeres formando un coro melancólico y monótono diciendo: *Coruñgiy, coruñgiy, coruñgiy ngoy gao*, las cuales palabras no tienen traducción, pues dicen que es idioma especial para el *adelep*, que es el alma. La pregunta es siempre sobre los motivos de la muerte del cuerpo, quién ha sido, por qué motivo, etc., y va dirigida al alma del difunto, que ya suponen cerca del ramo, como la mariposa revolotea al rededor de las flores. Lo convenido es esto: si la vieja acierta en su pregunta, el ramo principia á moverse por sí solo y da una gran sacudida; pero si no acierta, no se mueve: entonces pregunta otra cosa, y otra hasta acertar: las mujeres por su parte alternan con la vieja con la antes indicada *cantinelita*, entablándose una como triste letanía que suele durar toda la noche. Esta vez el diablo (y no el alma) no tenía ganas de flores, pues no pareció por allí á mover el ramo, por más que las infelices ya estaban cansadas de repetir el *coruñgiy*, etc., que es como instar al alma para que conteste. Nosotros teníamos ganas de reírnos, pero era aquello demasiado serio aun en medio del carácter salvaje que revestía.

—Gritad más alto, les decíamos, tal vez esa alma será algo sorda y no oiga bien vuestras instancias; y las pobrecillas gritaban más y más; todo inútilmente. Por fin, llenas de una grande admiración y extrañeza, que daban bien á entender que otras veces no era así, mirándose unas á otras, y echándonos á nosotros la culpa, se levantó la vieja, y dijo:

—Basta, el ramo esta vez no quiere moverse, y nosotros hemos concluido.

Nosotros les advertimos que aquello era malo, que si el ramo no se movía no era el alma quien lo meneaba, sino el demonio; y nos retiramos.

Cuando se vieron solas siguieron su comedia hasta la madrugada, que se movió el ramo, según nos han asegurado algunas de las que estaban presentes. Todos

afirman que el tal ramo se mueve, no en todos, mas sí en la mayor parte de esos actos, lo que no parece increíble, si se atiende á la misma repetición siempre que muere alguno, pues si no vieran absolutamente nada de extraordinario, ¿qué interés podían tener en practicar esa cosa?

La otra evocación y consulta á los muertos es poco frecuente, y se acaba de hacer en estos días en un pueblo vecino. Cuando ha muerto alguno, y la familia tiene gran interés en oír su voluntad sobre intereses ó herencias, ó porque no lo habían dispuesto antes, ó bien por otras causas, llaman á una mujer que es tenida por amiga de uno de aquellos *galid*, de que hablamos arriba, para que haga *evocación* del alma. Para esto se sienta en el suelo dentro de la casa del difunto, y le tienden delante un buen tapete de palma y alguna pieza de tela, si la tienen, le presentan en un plato un *gugau* (tubérculo que ellos comen) asado y arreglado, una bola de pintura amarilla, que ellos usan para pintarse, y en un plato de concha de carey una buena moneda. Todo esto pone ella sobre el tapete, y es como ofrenda al *galid*, á quien va á invocar. Hecho esto se cruza de brazos, y con mucha gravedad y voz imperceptible, manda á su *galid* que marche en busca de aquella alma, pues él debe saber por dónde para. Todos esperan en silencio. Un momento después se anima la que parecía una estatua sentada en el suelo, y dice:

—*Ya está aquí.*

Los circunstantes se llenan de temor, y sentados en el suelo, no se atreven ni á respirar con libertad; van á oír, no la voz fatídica y misteriosa de un ser invisible (¡qué barbaridad!), sino lo que la vieja bruja, embustera, les quiera decir. Nadie oye ni ve nada, sino solamente la mujer, que les va diciendo lo que el alma presentada por el *galid* habla, y las respuestas que va dando á lo que pregunta la familia. Acabada la cosa, recoge para sí el dinero y la bola de pintura, y los de casa quedan satisfechos, y ponen en práctica lo que haya podido mandar ó disponer el que ya se comieron los gusanos hace tiempo.

IDEA DE LOS SUEÑOS. — Otra de las cosas curiosas de estas gentes, y que se rela-

ciona con el alma, es la idea que éstos tienen de los sueños.

«Cuando uno duerme y le parece que está paseando por el bosque, que anda por el mar, que habla con sus amigos, es que el alma, dejando al cuerpo durmiendo, se sale y se pasea por donde quiere: va de visita, habla con los que encuentra, y hace lo que le da la gana; después se vuelve al cuerpo y lo despierta.» Estos son los sueños entre los palaos, y no hay quien les haga creer lo contrario.

—Pero, hombre, le dije á uno que se obstinaba en su cosa, ¿tú no has soñado nunca que te has encontrado alguna moneda de las vuestras?

—Sí, me dijo, y que la guardé muy bien.

—Y cuando despertaste, ¿dónde la tenías?

Aquí no supo qué contestar; pero otro más truhán contestó, y dijo que esas cosas que el alma se encuen-



NORUEGA. — Aldeana de Setersdal. (Pág. 302)

tra cuando está fuera del cuerpo, vienen los malos *galid* y se las quitan.

—Y cuando tú estás acostado cerca de otros ¿no oyes que á veces hablan durmiendo, y dan gritos?

—Es que su sueño suele ser que andan por el bosque, y alguna culebra les quiere morder, me contestó.

—Pero hombre, ¿no me dices que entonces el alma está en el bosque? Pues si es el alma sola, que está lejos del cuerpo, la que teme á la culebra, y la que grita, ¿cómo tú oyes hablar y gritar al cuerpo que está tendido dentro de casa?

—Tienes razón, contestó; nosotros los de Palaos no sabemos nada.

Todo esto y mucho más que naturalmente no habremos podido investigar, tienen estas gentes de lo que podemos llamar creencias y prácticas religiosas. Ahora bien: ¿qué pensaremos, que juicio formaremos de toda esa multitud de supersticiones y ridiculeces? ¿Habrà algo de verdad en eso de que el pueblo, y sobre todo los *santones*, oyen la voz del gran *galid* detrás de la cortina? ¿Será cierto que el *galid* de carpintería mate á la persona objeto del maleficio hecho por el *brujo*? Y el ramo de los muertos, ¿será un hecho que se mueve á ciertas preguntas que le hacen? Y esa infame vieja, ¿será posible que vea y oiga algo cuando asegura la presencia del alma del difunto? Yo, francamente, no sé qué contestar: sólo diré una cosa, y es, que estos naturales no lo toman como pasatiempo ni lo hacen por rutina; lo toman con mucho interés y muy en serio, y su fe en todas esas cosas no puede ser más práctica en todos, desde el reyezuelo hasta el último, como se ha podido notar en el discurso de la relación que acabo de hacer de todas sus prácticas y creencias.

Una cosa podemos asegurar. Si no fuese un puro engaño de esos hombres *adivinos* y *santones*, que se pasan el secreto para explotar al pueblo, entonces tanto la voz de detrás de la cortina como la del difunto evocado por la vieja, no pueden ser de un *ser* bueno. Que el otro es víctima del maleficio, que realmente coincide muchas veces con el acto la muerte del aludido, y que el ramo *nigromántico* se mueve por sí solo, pues entonces, como no podemos atribuirlo á ninguna ley física, ni hay ninguna relación natural adecuada que lo explique, tendríamos que atribuirlo á un agente sobrehumano; y como Dios y los Ángeles buenos no están para ser el juguete de nadie, resulta que el *galid* y el supuesto *adelp* de estos infelices, el agente de todas esas operaciones, no es sino el demonio.

No se muestren, pues, muy ufanos, ni se les dé patente de invención á los *espiritistas* de Europa por su sistema de relaciones con los espíritus, pues además de sus antepasados los *pitones*, *ariolos* y demás, miren por dónde se les descuelgan ahora unos nuevos (aunque muy viejos) concollegas y hermanos mayores, que les dan vuelta y media por sus relaciones con los espíritus. Todos ellos están amaestrados por un mismo preceptor, y con corta diferencia nos presentan los mismos espectáculos.

GOBIERNO Y ORGANIZACIÓN POLÍTICA.—El grupo de Palaos está dividido en dos gobiernos, que podríamos llamar dos pequeños reinos: el de Arclay, al Norte, y el de Aibedul, al Sur. Estos dos son *cabezas* del pueblo

donde tienen su residencia, y verdaderos reyezuelos de sus respectivos Estados. Hay además en cada pueblo otro cabeza ó gobernadorcillo, pero subalternos ó sea feudatarios todos de su respectivo reyezuelo.

Tanto los dos reyezuelos como los demás cabezas de los pueblos tienen una especie de consejo ó ministerio, que consta de diez jefes inferiores, y así á éstos como al principal se les da el nombre de *Rubac*; más al primero se suele distinguir, cuando el caso lo requiere, con *Abtulula bulu* (cabeza del pueblo). Estos dos nombres son generales á todos los consejos ó ayuntamientos, mas no es ése el nombre del empleo y oficio. La categoría y oficio de cada uno de los miembros está expresada por el nombre particular y respectivo que toman al ser nombrados. Estos son distintos no sólo en los dos *Ministerios* de los *reyezuelos*, sino en todos los de los pueblos de Palaos. El Ayuntamiento de este pueblo, que es uno de los dos principales, lleva los nombres siguientes:

Reyezuelo de todo este estado del Sur y Cabeza de este pueblo: Aibedul: ministro ó consejero 1.º Ngiraiquelao, 2.º Aracoco primero, 3.º Aracoco segundo, 4.º Clotraol, 5.º Ngiraqueted, 6.º Rubasac, 7.º Arquesiná, 8.º Ngirmerir, y 9.º Clisugul, que con el primero ó sea el reyezuelo hacen diez. Estos nombres datan de tiempo inmemorial, de modo que todos los reyezuelos de este reino se han venido llamado *Aibedul*, y lo mismo los ministros que le siguen.

El primer ministro y también algún otro de los principales de este Ministerio puede ser *cabeza de pueblo* en otro de menos categoría (y en efecto los hay así), y en ese caso lleva dos nombres, éstos, como he dicho, pues son invariables, y los de la otra parte no le conocen ni le nombran sino por el que siempre ha estado inherente á su jefe. En los pueblos inferiores y feudatarios no sé como estará arreglada la cuestión de sucesión; mas en los dos principales reinados hay verdadera dinastía hereditaria, cuya antigüedad no saben ellos mismos: no son los hijos los que suben, sino los hermanos menores (si los hay), y si no los primos y sobrinos con arreglo á sus invariables y remotísimas leyes. El inmediato á subir es el segundo ministro, ó sea el *primer* Aracoco; á éste le sustituye el *segundo* Aracoco, ocupando el lugar de este último uno de la familia, verificándose siempre que Aibedul ha pasado por el puesto de *segundo* y *primer* Aracoco. El primer ministro y los seis últimos son de fuera de la familia (que podíamos llamar real); no se suceden unos á otros, pues son cargos que vienen ejerciéndose dentro de sus familias respectivas.

Para cualquier asunto de alguna importancia el reyezuelo reúne Consejo, oyendo el parecer de todos antes de fallar sentencia ó determinar alguna cosa. Para que tenga valor y pueda ponerse en práctica su determinación, tiene que tener por lo menos la mayor parte de los votos de los que forman el Consejo; con sólo la mitad es muy difícil arreglar la cosa, y es de ningún valor su parecer si poquísimos ó ninguno se le adhiere.

El lugar de estas reuniones no es siempre el mismo, y suele fijarlo el reyezuelo: tienen al efecto sus place-tas delante de las grandes y comunes casas, y no es raro el que se junten en alguna de sus casas de familia

y aun en medio del camino. Avisados por uno que hace de alguacil, se van todos reuniendo y tomando asiento en el suelo, ocupando los primeros el lugar más inmediato al que ha de ocupar el reyezuelo, quien casi desnudo y el azuela al hombro, como todos toma su correspondiente sitio, sentándose como los demás en el suelo. En esa postura se estarán aunque sea un día entero, ni pueden tampoco levantarse, pues sería gran falta de respeto.

Cuando estos jefes salen y se encuentran por el pueblo, acostumbran á sentarse para hablar en medio del camino ó calle de piedra, y lo hacen precisamente en la misma vereda por donde anda la gente, que es el centro mismo: si no son *rubac* y quieren sentarse tiene que ser á un lado. Los que pasan por la calle cuando ven sentados algunos de estos jefes, se apartan lo más lejos posible (hasta salirse muchas veces del camino) y pasan inclinados profundamente, y esto lo hacen todos los que no pertenecen al Consejo. Nuestra casa dista unos veinticinco metros de la calle ancha de piedra que forma el pueblo, y los que vienen por ella así que ven al reyezuelo ú otro de los suyos en nuestra casa, ya se inclinan desde lejos, y dejando la calle se meten por la zanja ó campo de la parte opuesta hasta que han pasado un buen trayecto, y poniéndose rectos siguen su camino.

Si alguno tiene que acercarse para hablar al reyezuelo lo hace en la forma dicha, y además tiene que quitarse la peineta de la cabeza y ponerla al revés, ó sea prendida del pelo y colgando para abajo. Las mujeres no están sujetas á ninguna de esas leyes tratándose de los jefes hombres, y pasan por el lado del reyezuelo sin inclinarse, ni separarse más de lo necesario; pero tienen su *reyezuela* con sus consejeras, con idénticas leyes y obligaciones que los hombres; las hijas del reyezuelo están sujetas como todas, y tienen que inclinarse á la vista de sus jefes; los hombres, por supuesto, no tienen que ver nada con éstas.

El modo de administrar justicia es de ordinario imponiendo grandes multas, de las que pertenece una parte á los tres ó cuatro primeros *rubacs*, quedándose con lo restante el reyezuelo. En caso de imponer la pena capital, se ejecuta del modo que éste dispone, pues no hay modo señalado para ello; pero esto sucede raras veces, porque todo se puede arreglar con el dinero.

El modo de ejecutar las multas es muy vario; por lo regular va una Comisión de cuatro ó cinco de los *rubacs*, si es pacífica y sólo de dinero: las hay que, además de las monedas que les toman, les destrozan todo lo que tienen plantado, y hasta matan los cerdos y hacen todo el mal posible al multado, y en este caso llevan una porción de individuos con armas ó sin ellas, según pida el caso. Ahora acaban los de este pueblo de multar á los de una pequeña isla sujeta á ellos, que más bien que multa ha sido un saqueo. La cuestión ha sido por haber admitido allí á un extranjero que quería hacer comercio, sin contar antes con Aibedul: les ha costado unas veinte monedas, tres mujeres para las casas grandes de Goreor, y todo lo que pillaron de comida, dulce de coco y tabaco.

Hasta ahora se han hecho la guerra los dos reinados de la manera más bárbara. Tenían la costumbre de presentarse de sorpresa en el pueblo enemigo y cortar

las cabezas á los que cogían durmiendo, y metiéndolas cada uno las que había cortado en un capazo, escapaban; cuando el pueblo lo advertía se trataba la lucha á tiros. Las cabezas se las traían consigo al pueblo, y, después de haberlas paseado y presentado por los pueblecitos vecinos, y recibido el dinero que le iban dando al *valiente* por tal hazaña, las de este reinado del Sur las depositaban en un hoyo cerca del mar, y los del Norte las ponían con el mismo capazo colgando de una viga ó palo, levantando al efecto en la plaza, hasta que pudriéndose aquél se caían al suelo; entonces las metían en un gran depósito público, que era un gran árbol vaciado. El palo donde las colgaban aun existe en la plaza, cerca de la casa del reyezuelo, como yo lo he visto. Estas luchas parece que han terminado, y desde que estamos aquí nosotros ya han solido visitarse los de los dos reinados, pero no se atreven á dormir en los pueblos enemigos, sin duda temiendo que les corten la cabeza.

FLORES DE COREA

POR UN PADRE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

II

Primeros mártires

Las circunstancias difíciles que rodeaban á los primeros convertidos hicieron comprender cada vez más la conveniencia de tener guías ilustrados. Viéndose en la imposibilidad de comunicar con el Obispo de Pekín, y comprendiendo la necesidad de pastores regulares, sin sospechar el origen sobrenatural del sacerdocio católico, resolvieron suplirlo de la manera que les fuese posible. En una asamblea Francisco Javier Kuen, que siempre se había mostrado el más animoso en la fe y el más sabio en las cuestiones de Religión, fué nombrado obispo, y Luís Gonzaga y algunos otros elegidos sacerdotes. A cada cual se le encargó evangelizar un distrito, y desde entonces comenzaron á ejercer todas las funciones sacerdotales, tanto como podía permitírsele su ciencia asaz limitada de las cosas santas. Este clero improvisado empezó, pues, á bautizar, confesar, confirmar y celebrar los Santos Misterios. Así durante algunos años desempeñó las funciones sacerdotales con celo desinteresado y satisfacción general.

Era espectáculo sorprendente ver á los nobles someterse como los últimos del pueblo á la autoridad y á las penitencias, á veces muy humillantes, que les imponían aquellos pretendidos ministros. Ocioso es decir que, excepto el bautismo, los otros Sacramentos administrados por manos profanas no tenían ningún valor.

¿Quién, sin embargo, no admirará la sencillez y el fervor de aquellos neófitos? ¿A quién no conmueven los esfuerzos de aquellos animosos literatos apenas salidos de las tinieblas del Paganismo, luchando con tanta energía contra la mala voluntad de los hombres? Su ignorancia de la naturaleza divina de la perpetuidad jerárquica del sacerdocio debió excusarles en la presencia de Dios, de haber usurpado sus funciones sagradas.



NORUEGA.—Pastora de Sætersdal. (Pág. 302)

Preparábase á la sazón una nueva embajada. Francisco Kuen, el obispo de aquel clero singular, hacía algún tiempo abrigaba dudas acerca la validez de su título y de sus funciones. El estudio más atento de ciertos pasajes de los libros de Religión le había sumido en la incertidumbre, y resolvió ilustrarse acerca el particular. Escribió, pues, al Obispo de Pekín una larga carta en la que, después de exponerle su conducta pasada, le pedía la solución de muchos casos muy embarazosos á causa de la ignorancia de pastores y ovejas.

Un joven de noble familia llamado Iun, que hacía poco estudiaba la Religión, ofrecióse á llevar la carta de Kuen al Obispo de Pekín. Criado hasta entonces en la delicadeza de una casa rica, humillóse hasta pedir el empleo de sirviente de uno de los miembros de la embajada. A pesar de su juventud siguió á la caravana á

pie, soportando las mayores fatigas, y tuvo la suerte de hallar la casa de los misioneros de Pekín.

Al oír el relato de este joven, el Obispo y sus misioneros bendijeron la misericordia divina, que había cumplido en Corea tan grandes cosas con tan débiles medios. El Obispo contestó á Javier recriminándole naturalmente por haberse atribuido la autoridad espiritual, y ordenándole cesar en las funciones sagradas que ejercía sin valor.

Completó Iun su instrucción religiosa durante su permanencia en la capital, y recibió los Sacramentos del Bautismo, de Confirmación y Eucaristía. Fortalecido con la bendición del Prelado y con su promesa de enviar lo más pronto posible un sacerdote que cuidase de los nuevos fieles, Pablo Iun regresó satisfecho á su país. Las órdenes tan claras de Pekín fueron recibidas con sumisión, y el clero nacional de Corea desapareció ante la carta del Pastor legítimo.

Pablo Iun volvió á Pekín el mismo año con ocasión de otra embajada, á fin de solicitar más vivamente del Obispo el envío de sacerdotes á Corea. Por desdicha era aquella la época de la Revolución francesa. Los trastornos políticos malograron muchas vocaciones apostólicas, é hicieron cesasen las limosnas destinadas á las Misiones. En Pekín el Gobierno chino perseguía á la Religión, y érale imposible al Obispo, á pesar de todos sus deseos, ir á la conquista de una nueva Misión, cuando no podía

proporcionar sacerdotes á sus antiguos cristianos. Sin embargo, Pablo Iun, como prenda de la buena voluntad del Prelado, recibió las sagradas órdenes y todo lo necesario para el Santo Sacrificio, con encargo de disponer lo conveniente para la entrada secreta de un misionero.

Antes de concederles el favor tan deseado de un sacerdote, permitió el Señor que sufriesen aquellos neófitos una terrible prueba. En Corea hay varias religiones reconocidas ó por lo menos toleradas por el Gobierno. Confucio y Budha tienen templos, lo mismo que otros filósofos á quienes honran los literatos, que siguen ciegamente todos los errores del Celeste Imperio. La religión del pueblo redúcese en la práctica á algunas supersticiones pueriles y al culto de los antepasados.

El amor á los padres durante su vida, y la veneración por su memoria llevada hasta la exageración, tal es la perfección propuesta á todos los niños, y tal es también á corta diferencia toda la religión de los coreanos. Así, en el entierro de sus padres no hay deudas que no contraigan, ni gastos que no hagan para dar toda la pompa posible á sus funerales. Al morir el padre apresúranse á construir una tablilla en la cual suponen pasa á residir el alma del difunto. Debe ser cortada de un árbol especial «antes que se oiga el canto del gallo y el aullido del perro.» Esta tablilla embadurnada de blanco recibe los nombres, títulos y cualidades del difunto. Algunos agujeritos en los lados, permiten que entre y more en ella el alma. Destínase una pieza de la casa á estas tablillas de los antepasados, ante las cuales se postran todos los días, ofreciendo arroz, tabaco ó incienso. Sólo á la cuarta generación se entierran estas tablillas, y su culto cesa definitivamente.

En el estío de 1791 un animoso neófito, Pablo Iun Tsi-t'siong-i perdió á su madre. Como buen hijo la lloró sinceramente, pero como cristiano se opuso á todas las ceremonias paganas que acompañan á los funerales. El Obispo de Pekín claramente había resuelto esta grave cuestión en su carta á Javier Kuen, prohibiendo severamente las tablillas de los antepasados y otras prácticas supersticiosas. Sacrificio muy penoso era éste para los coreanos: era tocarles, por así decirlo, en la niña de los ojos, el condenar usos tan universales y consagrados por la práctica de los pasados siglos. Así muchos cristianos poco instruidos quedaron aterrados por esta prohibición del Obispo. Pero Pablo era harto fervoroso para que vacilase un instante, y cumplió con su deber, sin preocuparse del qué dirán.

La conducta del valiente joven fué un escándalo para todo el país. Viendo su menosprecio de las costumbres tradicionales, levantaron los paganos tal clamoreo contra aquel hijo desnaturalizado, que el mandarín se vió obligado á examinar el asunto. La ocasión era propicia para que el ministro de lo criminal pudiese por fin saciar su odio largo tiempo comprimido contra los cristianos. Desde el momento que oyó hablar del crimen de Pablo, le hizo prender con su primo Santiago Kuen. Una visita domiciliaria puso al descubierto

otro atentado no menos abominable de entrambos primos. La caja que debía contener todas las tablillas de sus antepasados estaba vacía, y susurrábase que las habían echado al fuego.

El día veintiséis de la décima luna Pablo fué presentado ante el mandarín, quien le preguntó:

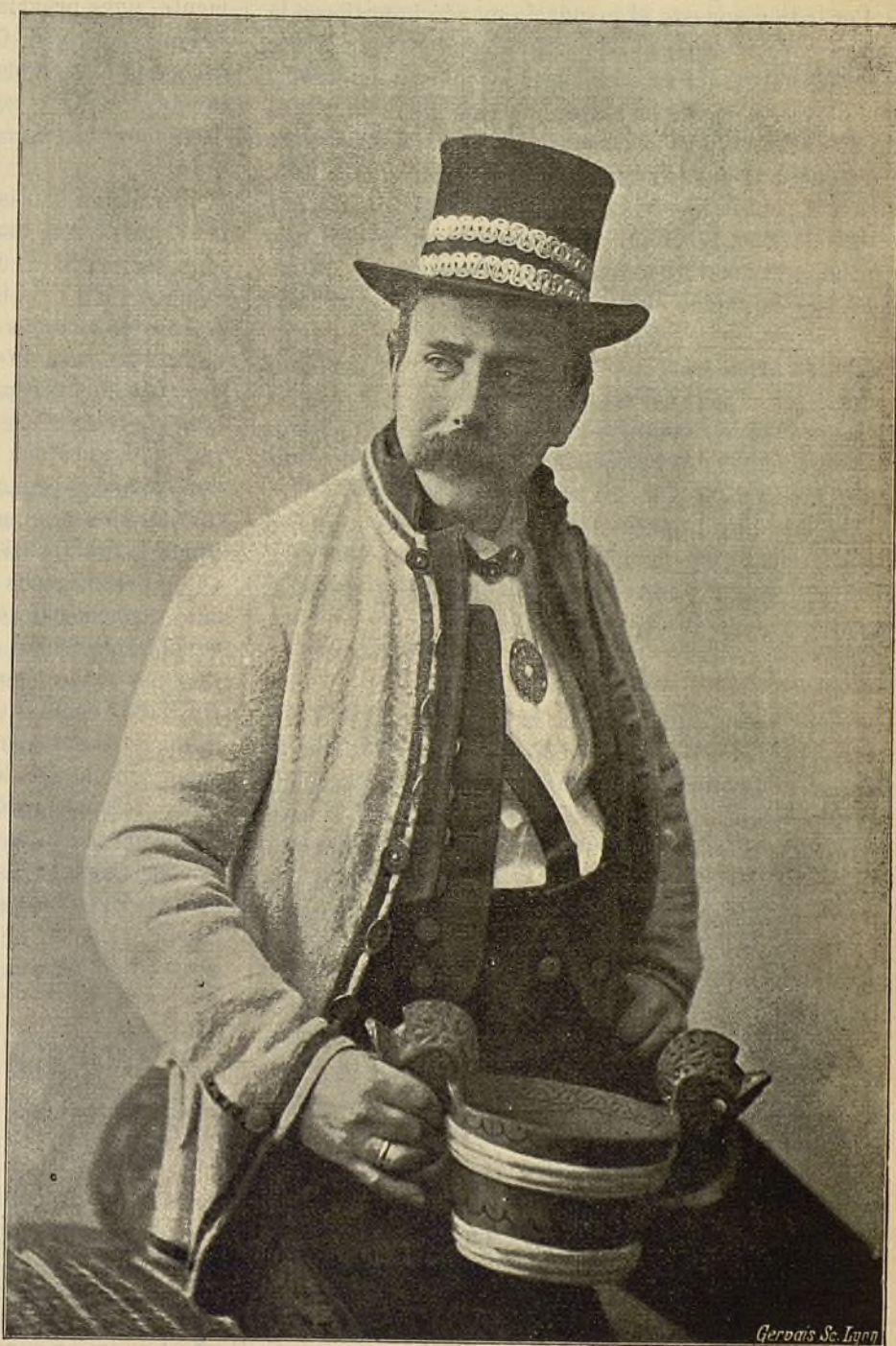
—Corren acerca tu persona rumores extraños. ¿Es posible que sean fundados? ¿Es cierto que profesas las más groseras supersticiones?

—De ninguna manera. Lo que hay de cierto es que creo la Religión del Señor del cielo.

—Y ¿no es acaso esto una superstición?

—No, porque es camino verdadero.

—Pero rehusas ofrecer sacrificios á los antepasados, cuando dices que hasta ciertos animales manifiestan su gratitud para con los autores de sus días. Confucio dice



NORUEGA.—Joven de Sætersdal. (Pág. 302)

que solamente cumple con los deberes de la piedad filial aquel que habiendo servido á sus padres toda la vida según las reglas, les ha ofrecido á su muerte los sacrificios prescritos por los ritos.

—Nada de esto se halla prescrito en la Religión cristiana.

—¡Qué lástima! Gozabas la reputación de literato de talento, y tu ligereza te ha impulsado á abandonar el culto de los antepasados. Sin embargo, no está todo enteramente perdido. Grandes hombres se han retratado de sus errores: si quieres, puedes imitarles.

—Si me fuese posible cambiar, no hubiera venido aquí.

—Voy á enviarte al tribunal del crimen, para que des cuenta de tu conducta, ya que locamente quieres exponerte á los suplicios y la muerte.

—Detuvisteis á mi tío como caución por mí, y al saberlo he venido á libertarle poniéndome en vuestras manos. Ya veis que esto no es faltar á la piedad filial.

Por toda respuesta el mandarín mandó le pusiesen la canga, especie de escala de siete á ocho pies de largo, á través de la cual se hace pasar la cabeza del reo, y que descansa en sus hombros. A veces tiene la forma de una tabla casi redonda, en la que practican huecos para encerrar el cuello y las manos, condenados de esta suerte á penosa inmovilidad. Día y noche el infeliz paciente lleva en los hombros, acardenalados por el roce continuo, el horrible instrumento de tortura que le incomoda y le impide el descanso en cualquier posición del cuerpo.

Con su primo Santiago fué sometido á otro interrogatorio por el juez del crimen, quien no pudiendo reducirles ordenó les pusiesen una canga de dieciocho libras de peso: además se les ató una cadena al cuello, y se les sujetó la mano derecha al borde de la canga.

Algunos días después el gobernador mandó diesesen á Pablo treinta golpes, máximo del número fijado por la ley, y comunicó al rey lo que ocurría, á fin de saber el castigo que debía aplicarse á los reos.

Tsieng-Tsong, que ocupaba hacía quince años el trono de Corea, amaba mucho á sus súbditos, y la bondad de su carácter no propendía ciertamente á la crueldad. Así la comunicación del gobernador de Tsien-Tsiu no le alteró en lo más mínimo; pero sus ministros intrigaron presentándole peticiones y mensajes en que se suplicaba al Rey que se desplegasen gran rigor contra los peligrosos novadores. Aunque el ministro Tsoi tenía amigos entre los cristianos y que por su parte no les era hostil, temió perder su popularidad si despreciaba tan repetidas manifestaciones. Aconsejó, pues, al Rey que hiciese un ejemplar castigo condenando á los dos primos á la última pena. Resistió largo tiempo el Monarca á acceder á lo que se le proponía, hasta que por fin la importunidad le arrancó el consentimiento, y apenas hubo firmado la sentencia de muerte de Pablo y Santiago, un correo la llevó presuroso á Tsien-Tsiu.

Ambos confesores fueron sin dilación conducidos al suplicio, para no dar tiempo á que el Príncipe revocase la sentencia. Acompañóles gran muchedumbre. Postrado por los sufrimientos, Santiago Kuen apenas podía andar: de vez en cuando pronunciaba los santos nom-

bres de Jesús y María, demostrando así el fervor interior que le animaba. Pablo, más robusto, iba á la muerte como á un festín, admirado de cristianos y paganos.

Al llegar al lugar del suplicio se les preguntó otra vez si querían renunciar á su Religión, y en vista de su negativa, un oficial les presentó la sentencia, que según costumbre leyó Pablo en alta voz. Luego puso la cabeza en el tajo, repitiendo los nombres de Jesús y María, y su cabeza cayó al primer golpe. Su primo Santiago le sucedió inmediatamente, y recibió también la muerte con el mismo valor. Eran las tres de la tarde del 8 de Diciembre de 1791. Pablo contaba á la sazón treinta y tres años, y su primo Santiago cuarenta y uno.

Como habían previsto los enemigos de los cristianos, el Rey se arrepintió pronto de su debilidad, y dispuso expedir un nuevo correo para que se suspendiese la ejecución; pero cuando llegó, los dos mártires acababan de consumir su sacrificio. El Rey lo lamentó vivamente, pues preveía el daño que podía resultar de precedente tan cruel. Comprendió que en el porvenir se invocaría este rigor excepcional para considerarlo como ley del Estado, y servirse de ella contra los discípulos de la nueva Religión.

¡Tal fué el bautismo de sangre que recibió la Iglesia de Corea! ¡Así murieron noblemente las primeras y gloriosas víctimas del furor satánico que animaba á los enemigos del Cristianismo!

Las dos víctimas fueron expuestas al público durante cinco días para atemorizar á los cristianos. Cuando se permitió darles sepultura, halláronse sus cuerpos flexibles y sin la menor señal de corrupción. La sangre que regó el tajo estaba fresca y roja como si acabase de ser derramada, á pesar del rigor de la estación que helaba los líquidos aun en los vasos mejor guardados. Este prodigio asombró á todo el mundo: los paganos mismos no pudieron menos de reprobar la barbarie de los jueces, y muchos se convirtieron en el acto. Con respeto empaparon lienzos en la sangre de los Mártires, y curaciones sorprendentes justificaron la confianza de los cristianos en su intercesión.

Pocos días después publicóse por todas partes la sentencia de muerte de Pablo y su primo, á fin de contener por el terror el progreso de la Religión. Esta medida inspirada por la malicia de los perseguidores fué contraproducente, pues pronto no hubo aldea en todo el reino que no tuviese noticia de la existencia de la Religión del Señor del cielo, y numerosas conversiones siguieron de cerca á la muerte de los gloriosos Mártires.

EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

V

Imposibilidad de proseguir el viaje.—El Suledalstand.—Regreso á Stavanger.—Un rasgo de la Providencia.—Cargas enormes de la Misión.

EN Nærs hubo nueva deliberación sobre el partido que debía tomarse para ir á bautizar el niño de Sætersdal. La cuestión quedó pronto definida al declararme los guías que no estaban dispuestos á dejar

huérfanos á sus hijos para complacerme, toda vez que si persistía en mi propósito corría riesgo de compartir la triste suerte que acababan de experimentar tres cazadores. Persiguiendo éstos á tres rengíferos por las montañas, perecieron seguramente, pues fueron infructuosas cuantas tentativas se hicieron para encontrarlos. Al mismo tiempo me presentaron la desconsolada hija de uno de aquellos infelices.

A estos argumentos tan perentorios era preciso rendirse, y resolví tomar el camino de Stavanger y enviar al Sætersdal el sacerdote de Christianssand, que tenía á su disposición el único camino que allá conduce. Felizmente el vaporcito que hace el servicio del Suledalsvand estaba allí pronto á salir para Osen. Sólo que tendría que viajar en compañía de algunos centenares de bueyes y vacas que se enviaban á Stavanger, para desde allí ser expedidos á Inglaterra.

Para formarse idea del Mar Muerto de Palestina no hay más que ver el Suledalsvand. En toda su longitud (veintiocho kilómetros) no se ve otra cosa que peñas descarnadas, donde con dificultad arraiga á trechos alguna maleza. ¿De dónde procede tanta gente que en los desembarcaderos toman el buque? Mi vecino me explica que en el imponente muro que parece no tener salida, numerosas brechas sirven de embocadura á otros tantos fértiles valles.

De pronto el lago se angosta entre dos peñas perpendiculares de más de cien metros de altura: llámase á este desfiladero la puerta de Suledal. (*V. el grabado de la pág. 293*). La pasamos, y en breve abordamos en Osen.

Aquí estamos en pleno país de excursionistas; pues multitud de aurigas asaltan á los pasajeros, ofreciendo transportarlos á orillas del mar, á Sand, distante diecinueve kilómetros. Sólo nuestros compañeros de la raza cornuda se libran de las importunidades de los caleseros. A decir verdad, no debería aplicar el epíteto cornudo á nuestra raza bovina, pues la mayor parte de nuestros bueyes y vacas, todos muy pequeños, lo mismo que nuestros caballos, cabras y carneros, carecen enteramente de cuernos.

Sin advertirlo me hallé colocado en una linda calesa, que partió al galope, antes que hubiese tenido tiempo de cambiar una palabra con el auriga. Cogerle por el cuello, é invitarle á detener el vehículo fué obra de un momento.

—Quiero una simple carreta, y no este coche, le grité con fuerza.

En el acto una docena de carretas se adelantaron para apoderarse del botín que iba á escapárseles; mas un latigazo á derecha, otro á izquierda, y un tercero al caballo hicieron que mi automedonte se pusiese fuera del alcance de sus émulos. Al mismo tiempo me dijo:

—Tendrás la calesa al mismo precio que una carreta.

En Noruega las gentes del pueblo tutean á todo el mundo. Había terminado la estación de los excursionistas, y el concurso era escaso. Así merced á la competencia, pude viajar como en primera clase.

Por el camino admiré los magníficos panoramas que se ofrecían á cada instante, sobre todo al acercarnos á

Sand, donde las cascadas de Grorfos y de Skotifos, á la entrada de una amena llanura fertilísima, y en el fondo el mar, formaban un conjunto encantador.

En Sand nos aguardaba el magnífico buque *Ryfylke*, y pronto vogamos entre islotes cubiertos de quintas, y por un dédalo de fjors y estrechos hacia la ciudad de Stavanger, de donde había partido tan triste y abatido.

Esta vez tampoco estaba alegre, pues temía haber hecho en vano un viaje tan largo y costoso. Y sin embargo, era la Providencia que disponía volviese á Stavanger para cumplir sus designios. Mi anhelo es, como ya he dicho, dotar de una capilla á esta importante ciudad episcopal. Lo difícil era hallar un solar conveniente, al alcance de nuestra pobreza. Y he aquí que en la posada llegó á mi noticia que el Gobierno, propietario actual de los bienes que se arrebataron á la Iglesia católica, quería enajenar el huerto del antiguo Capítulo de la Catedral, situado en el barrio noble de la ciudad, y vender las parcelas como solares para edificar, pero que á causa de una extraordinaria crisis monetaria no encontraba compradores.

El día siguiente me presenté en las oficinas del funcionario encargado de la venta. Mostráronme un terreno admirablemente situado, por el que me pidieron un precio tan módico que con dificultad pude contener una exclamación de júbilo, y aun el precio sólo se exigía en plazos que no vencían hasta al cabo de veinte años. Hice la adquisición sin pérdida de tiempo, y ya antes de salir de la ciudad los periódicos anunciaban que los católicos iban á construir una iglesia en Stavanger.

Por desdicha no estamos tan adelantados, pues me faltan recursos para empezar la construcción. Pero la Providencia se dignará suscitarlos bienhechores para levantar una capilla en esta antigua tierra católica que nos ha dado contra toda esperanza.

Ha hecho todavía más. Nuestras excelentes Religiosas Franciscanas de Bergen, al tener noticia de nuestra buena suerte, se lamentaron de que al lado de la futura iglesia no les hubiese asegurado emplazamiento donde con el tiempo pudiesen construir un hospital. Comprendí su pena, pero no confiaba poder complacerlas, cuando he aquí que el vecino de nuestro terreno me pidió le adquiriese su propiedad con las mismas ventajosas condiciones referidas, lo que acepté gustoso. A las Hermanas les será más fácil levantar el hospital que á nosotros la capilla, porque en todas partes donde tenemos Religiosas, los enfermos un poco acomodados, sobre todo los protestantes, remuneran generosamente los servicios que les prestan. Así una vez vencidas las primeras dificultades, no solamente se bastan á sí mismas, sino que aun llegan á amortizar poco á poco sus deudas de primera instalación.

La Misión, por el contrario, cuanto más se extiende mayores son sus necesidades, porque sus establecimientos, en vez de ser productivos, no hacen más que doblar los gastos, hasta que las estaciones son de suficiente importancia para que los católicos puedan por sí mismos subvenir á sus necesidades religiosas.

En este país ultracivilizado, y donde el valor real de



COREA.—Mandarines y satélites. (Pág. 302)

una corona, que nominalmente vale un franco treinta y siete céntimos, no es en realidad más que de un franco, los gastos para la construcción y conservación de iglesias y escuelas, y para el sostén del personal de la Misión no es muy excesivo. Desgraciadamente reina en Noruega un lujo desenfrenado, y ninguna consideración merece cuanto huele á pobreza, casi como en los Estados Unidos. Así, para no excitar un menosprecio que esterilice la acción de su ministerio, nuestros misioneros se ven obligados en todo lo que trasciende al público, como mobiliario, vestidos, viajes, etc., etc., mostrar en apariencia cierto desahogo. Para lograrlo imponense con frecuencia en su interior sacrificios heroicos que nadie sospecha. Mas la crudeza del clima, y sobre todo del invierno, que en la mitad del país dura más de nueve meses, trazan límites rigurosísimos al espíritu de sacrificio.

Añádase á lo dicho la considerable extensión de los distritos encomendados á cada sacerdote, y los viajes interminables por montes y valles, por mar y tierra, que tales distancias imponen. Ninguna de nuestras estaciones de Misión tiene un territorio inferior á un departamento francés, y con frecuencia es el décuplo.

La escuela sobre todo exige enormes gastos. Gracias á Dios, la legislación del país nos otorga plena libertad de fundar y organizar escuelas católicas, en las cuales ni el Estado ni el Municipio tienen nada que ver, con tal que los niños aprendan algo. El Obispo es el único legislador de las escuelas católicas; fija su programa, las inspecciona, da el título á los maestros y maestras, nombra y revoca el personal; pero también tiene que

subvenir á todos los gastos. Como la ley exime á los católicos de sostener con su dinero las escuelas municipales, que de derecho son protestantes, deben contribuir á las expensas de sus propias escuelas, y muchos de los padres de nuestros numerosos alumnos protestantes contribuyen asimismo. La carga mayor, empero, pesa sobre el Obispo, que es el gran administrador y el gran mendigo de la Misión. Una institución especialmente nos impone grandes sacrificios. Como los hijos de los católicos dispersos fuera de las estaciones no pueden evidentemente frecuentar las escuelas públicas, nos vemos obligados á reunirlos en dos institutos, uno en Cristianía y otro en Hammerfest, y darles educación católica hasta que sean confirmados. Siendo generalmente pobres los padres de estos niños, la mayor parte de las veces hemos de alimentar y vestir á nuestros alumnos, lo que constituye un presupuesto anual enorme. Si obrásemos de otra suerte se perderían irremisiblemente para la Iglesia muchos de estos niños.

EN EL BOSQUE

POR EL R. P. LEJEUNE

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

VI.—Paganos, protestantes y católicos (continuación)

LAMADO á América el reverendo de quien he hablado, sustituyóle un suízo, naturalizado americano, y renaturalizado francés, para halagar el patriotismo en Ogowé. A su vez mostró también mucho ardor, ocasionando algunos rozamientos.

Cierto día en una choza de ramas de palmera que parecía un templo fetique, uno de sus catequistas negros predicaba á su gente, diciendo:

—¡Oh! en el paraíso ¡cuántas dulzuras! ¡Cuántos comestibles! Comeremos constantemente. ¡Todo son árboles cargados de frutos, y campos llenos de legumbres!...

—¿Habrá asimismo, pregunté adelantandome, ollas para cocerlas?

Hilaridad de los asistentes y furor del ministro, quien al día siguiente presentó en la estación francesa queja oficial contra el P. Lejeune por haber turbado la arena sobre las dulzuras del paraíso.

Mayores motivos he tenido yo para quejarme. Cierta día, en efecto, un suízo detuvo á mi pequeño Mathurin, diciéndole:

—¿Cómo? ¿ostentas una medalla? ¡Esto es un fetique! ¡Tú eres pagano!

—No es un fetique, contestó el muchacho, y no lo llevo para que me guarde de las balas ó del cólera. Es el retrato de María, Madre de Jesús.

—¿Y esta cruz?

—En la cruz murió Jesucristo por nosotros.

—Entonces ¿crees en la cruz y no crees en Cristo?

—Creo en ambos: la cruz me recuerda á Jesús.

—¿Y este escapulario? ¿Crees que con él irás al cielo?

ligeramente perverso también, del verdadero Cristianismo; pero, en fin, no más que un matiz.

Es singular ver hasta que punto el Protestantismo inglés, en todos los lugares del mundo donde se implanta, desarrolla los mismos instintos de orgullo en los indígenas: en todas partes se advierte entre ellos la misma altivez, la misma disposición al lujo europeo, la misma vanidad ridícula, todo lo cual no se desmiente ni siquiera en el Ogowé.

Pasemos á los católicos.

En 1881 empezamos por veintitrés bautismos: este año hemos tenido doscientos cincuenta, la mayor parte de adultos. La Religión católica hace constantes progresos en el Ogowé, la superstición está en su ocaso, uno á uno van desapareciendo los principales obstáculos, y el Salvador es conocido y adorado en multitud de aldeas.

Pero ¿qué son estos cristianos?

Lo mismo que en todas partes. Unos muy buenos, otros buenos, otros medianos, y tampoco faltan los malos. Estos últimos, gracias á Dios, no son muy numerosos, y se reducen en general á los que han visto hartos de cerca á otros cristianos más blancos de piel que de conciencia.



CARTAGO.—Aldea de Gamart. (Pág. 306)

—Si tú vas á él con tus zapatos y tu acordeón, bien puedo ir yo con mi escapulario.

El pastor arrebató entonces al muchacho los objetos de piedad, y le dió de bofetones.

Felizmente, las cosas han cambiado, por haberse sustituido el personal presbiteriano de Jersey por protestantes franceses. Estos, más corteses, no siguen los mismos principios y procedimientos. Para los primeros el Catolicismo era una doctrina idólatra y perversa; para éstos no es más que un matiz, un poco idólatra y

Es edificante y consolador para nosotros ver más de doscientos cristianos que hacen cincuenta leguas en piragua cuatro ó seis veces al año para venir á confesarse y comulgar en las festividades más solemnes. Salen de sus casas el miércoles para llegar á la Misión el viernes. Y remar al sol durante tres días es ruda faena que vacilarían mucho en imponerse no pocos fieles de las parroquias más fervientes de Europa.

En la última fiesta de Pascua no fueron sólo doscientos cristianos que vinieron de tan lejos, sino veinticinco

piraguas montadas por diez ó veinte personas cada una, de suerte que los forasteros llenaron la capilla. En lugar de ésta sería conveniente levantar una iglesia para mil doscientas personas.

También en vez de los doce catequista que tenemos, necesitaríamos cincuenta; pero por ahora no hay posibilidad para ello, pues cada uno de ellos nos cuesta ciento cincuenta francos al año.

GAMART

Ó LA NECRÓPOLIS JUDÍA DE CARTAGO

POR EL P. DELATTRE, DE LOS MISIONEROS DE ARGEL

II

SIN hacer el Sr. de Sainte-Marie, á mi parecer, excavaciones tan considerables como Davis y Beulé, fué algo más feliz. Descubrió y copió seis inscripciones (1). No suministran, empero, más que dos nombres: COMPELIANUS y MACIDO, y dos veces la fórmula IN PACE. Figuran también en las copias del Sr. de Sainte-Marie tres palmas ó arbustos.

Este resultado no respondía, sin embargo, á lo que se esperaba de dicho señor. «Decididamente, dice él mismo, los romanos, los vándalos, los bizantinos y los árabes diéronse la consigna de violarlo todo en la necrópolis, no hallo aquí *absolutamente nada*... Me retiro, pues, á pesar mío, pero persuadido de que perdería aquí el tiempo.»

También el Sr. Harrison quiso registrar las colinas de Gamart, pero nada ha publicado, que yo sepa, tocante á sus descubrimientos.

He dado cuenta de las diversas excavaciones hechas en la montaña de Gamart, para que el lector esté al corriente de cuanto habían intentado y dicho sobre esta necrópolis los arqueólogos, cuando á nuestra vez emprendimos estudiarla.

Véase en qué circunstancias se efectuó el primer descubrimiento:

El 4 de Abril de 1881 los muchachos negros (2) del asilo de la Marsa, fundado por el difunto cardenal Lavigerie, estando de paseo por la montaña de Gamart, advirtieron que algunos árabes destruían un hipogeo para extraer la piedra calcárea que contenía, y con ella hacer cal.

Una de las cuevas conservaba sobre cuatro de sus nichos inscripciones trazadas con un punzón en el estuco que formaba el revestimiento.

Nuestros huérfanos negros, que habían vivido algunos años en la colina de San Luís, asistieron á la inauguración del Museo, y varias veces recogieron inscripciones en el emplazamiento de antiguos cementerios

(1) *Mission à Carthage*, p. 33.

(2) La mayor parte de estos negros ejercen hoy la medicina, y prestan buenos servicios en nuestras estaciones. Algunos han seguido á los misioneros al Tanganika, al Alto Congo y al Nyanza. Uno de ellos fué muerto en Uganda el 24 de Enero de 1892 por las hordas protestantes que incendiaron la Misión católica.

cristianos de Cartago. Así no dejaron de advertir entre las letras aun visibles de la tumbas de Gamart, la fórmula: IN PACE.

Me dieron noticia del descubrimiento, y el día siguiente fuí al Djebel-Khani. El hipogeo estaba destruido en buena parte; pero sobre los *loculi* que quedaban pude leer las inscripciones siguientes:

LICENIA

LVCI IN PACE

IVSTFINPACE?

Entrando en seguida en una segunda cámara obstruida en parte por la tierra, vi otros nichos. Todos estaban abiertos. Las paredes de la cueva habían perdido su capa de estuco, desprendida sin duda por la humedad. Allí encontré restos de animales, traídos por los chacales ó las hienas, que durante siglos escogieron por guarida esta especie de catacumbas, en las cuales sólo se puede penetrar con antorchas encendidas y á gatas.

Algunos años después de este primer descubrimiento, guiado por los alumnos de nuestro colegio, penetré en el hipogeo que estudió el Sr. de Sainte-Marie, en el que leí la inscripción pintada en rojo: RVGVE IN PACE, y reconocí un candelero de siete brazos que acompañaba el epitafio.

En otro sepulcro pude leer fácilmente cuatro nombres trazados con un punzón: GAIVS — ARENSVS IN PACE — ASTER IN PACE.

Entrando en un aposento por una especie de suspirial leí el nombre de COLOMBA, y en otros el de SABIRA y de FORTUNATA.

El año siguiente visité ciento tres sepulcros. La entrada de los hipogeos, de noventa centímetros de ancho, estaba primitivamente cerrada por una losa. El interior es ligeramente piramidal.

Ninguno de los hipogeos visitados cuenta menos de quince alvéolos, siendo raros los que exceden de diecisiete.

Todos los nichos, de cuarenta y dos á cincuenta centímetros de ancho, y raras veces más, tienen la misma forma, de sección rectangular y paredes opuestas paralelas.

En ciertos hipogeos los nichos de derecha é izquierda están unidos dos á dos ó tres á tres por arcos salientes que se juntan en pilastras sencillas.

Sin embargo, no se encuentran en Gamart sarcófagos ni *arcosolias* propiamente dichos, ó sea banquetas.

Las cámaras en general guardan la misma disposición, de la que puede formarse idea por el plano que dimos en la página 283.

Entre los nombres leídos en la necrópolis puedo añadir el de ALEXANDER (1). Uno de mis compañeros ha recogido en el emplazamiento de las sepulturas un trozo de mármol blanco, fragmento de un epitafio hebraico, conservando la palabra CHALOM, que significa *paz*.

(1) El nombre de Alejandro vemos en los *Hechos de los Apóstoles* que lo llevaban varios judíos, entre otros uno de Jerusalén (iv, 6), y otro de Efeso (xix, 33).

EL VENERABLE LUÍS MARÍA CHANEL

ESTE gran servidor de Dios nació el 23 de Junio de 1803 en Cuet, diócesis de Belley, Francia. Sus padres, poco favorecidos de la fortuna, lo educaron en el temor de Dios y el amor de la Iglesia. El joven Chanel mostró desde su más tierna infancia vocación especial por el estado eclesiástico. Ordenado presbítero, después de excelentes estudios en su ciudad natal, desempeñó sucesivamente las funciones de vicario de Amberieu-en-Bugey, de párroco de Crozet en el Gex, y de director del seminario de Belley. En estos diferentes empleos supo constantemente conciliarse la estimación y el afecto de cuantos le trataban por razón de su ministerio. Su vida fué siempre modelo de las virtudes sacerdotales. Distinguíase principalmente por una piedad tierna que no desmintió jamás, por un celo ardiente é ilustrado en favor de las almas, y en fin, por sus costumbres angélicas y por una bondad inalterable de carácter.

Impulsado por el deseo de anunciar el Evangelio á los salvajes del Nuevo Mundo, ingresó en la Sociedad de los Maristas á la edad de treinta y tres años, y después de su noviciado se embarcó para la Oceanía con el Ilmo. Sr. Pompallier, que le nombró su vicario general el 24 de Diciembre de 1836. La Santa Sede, al aprobar la Asociación de los Maristas, le había confiado la Misión de la Oceanía Occidental. El 7 de Noviembre de 1837 el Ilmo. Pompallier dejaba en Futuna al P. Chanel y volvía á la Nueva Zelandia, donde fué recibido por el jefe de la tribu más poderosa, llamado Niuliki, quien se encargó de mantener al misionero y de darle todo lo necesario, lo mismo que á sus fieles compañeros, Fr. María Nizier y el inglés converso, fray Tomás. Los dos primeros años de su residencia en la isla los empleó Chanel en aprender el idioma de los naturales, y en buscar y bautizar á los niños que estaban en peligro de muerte. Mientras no conoció el idioma, ni pudo anunciar la palabra evangélica, vivió en buena armonía con el rey Niuliki; pero á mediados del año de 1839, que el P. Chanel comenzó á explicarse bien en el idioma de los salvajes, les predicó el Evangelio. Trataban principalmente de convertir á Niuliki, persuadido de que, hecho cristiano el jefe, le sería fácil convertir á todo el pueblo. Pero Niuliki, al mismo tiempo que rey, era el soberano pontífice, siendo su poder civil una emanación de su sacerdocio. Es decir que, según la usanza de aquellos bárbaros, al que escogía la Divinidad por su órgano debía ser jefe de la tribu. Por lo mismo, luego que éste notó que la predicación del Padre debilitaba las falsas creencias, le miró con desvío, cesando poco á poco de darle viveres y yéndose á otro punto distante. El P. Chanel se vió obligado á cultivar con sus propias manos, y ayudado de sus dos compañeros, un pequeño campo, y en estos apuros llegaron los PP. Chevron y Attale, el mes de Mayo de 1840. Los recién venidos se dedicaron también á la labranza, y á fuerza de sacrificios establecieron un plantío para subvenir á sus necesidades. Pero comenzaron los salvajes á robarles todos sus frutos, para reducirlos por el hambre á abandonar la isla.

En tan duro aprieto, el P. Chanel seguía visitando á los principales jefes, enseñándoles las verdades de la Religión, y su voz fué al fin escuchada, pues muchos jóvenes se convirtieron. Reuníanse los domingos en la cabaña del misionero para recibir instrucciones y orar. Tales reuniones y el número creciente de catecúmenos excitaban la indignación de los demás indígenas, que continuamente proferían gritos de muerte contra «la Religión nueva.» Estas manifestaciones se acentuaron más con ocasión de la conversión de Meitala, hijo de Niuliki, pues desde luego se decretó la muerte de los misioneros, entre Niuliki y su ministro Musumusu, uno de los más rabiosos enemigos del Cristianismo. Chanel no ignoraba que tarde ó temprano tendría que sellar con su sangre su predicación, y un día que había gran asamblea del pueblo, vino uno de sus compañeros á anunciarle que se trataba del modo de darle muerte.

—Ya sabéis, respondió, lo que se lee en la vida de cierto Santo: «Si vinieran á decirte que dento de una hora sería tu fin, ¿qué harías tú?—Continuaría lo que tesaba haciendo, contestó el Santo.—Pues bien, siguió diciendo el P. Chanel, imitémoslo,» y continuó cultivando el huerto.

Aplacada la tempestad en esa ocasión, no tardó en volverse á condensar más amenazadora que antes. El 28 de Abril, al despuntar la aurora, una horda de salvajes armada de picas, hachas y macanas, dirigida por Musumusu, se trasladó á Avaui, donde estaban los catecúmenos, y los sorprendió durmiendo; hirió á muchos, y dispersó á otros. Después los infieles corrieron á satisfacer su odio contra el que llamaban «autor de la Religión.» Musumusu se adelantó hacia el P. Chanel, que estaba en el jardín ocupado en dar de comer á las aves domésticas. Hallábase solo en aquel momento, porque había enviado á sus catequistas al Occidente de Futuna para bautizar á los niños que hallaran en peligro de muerte.

Viendo el P. Chanel que se acercaba Musumusu, dejó su ocupación, y sin desconfianza se adelantó á recibirlo. Mientras que el buen Padre le hablaba, los seides de aquél penetraron en el interior de la casa, y echaron por la ventana un lío de ropa. El pueblo, que esperaba fuera de la cerca, recogió el lío con ímpetu, que era la señal de muerte, y Musumusu exclamó:

—¿Por qué tardáis en matarle?

Entonces unos, llamados Filitika y Mutaui, entraron en el jardín. El segundo descargó un macanazo á la cabeza del Padre, y éste, con un movimiento de sorpresa, levantó el brazo para contener el golpe; el brazo quedó quebrado y cayó al suelo. Al mismo tiempo el heroico mártir retrocedió dos ó tres pasos. Filitika lo atacó entonces con violencia, diciendo á los que lo rodeaban:

—Golpeadle prontamente para que muera.

Y Mutaui le asestó un golpe de maza en la sien izquierda; que le causó una horrible herida. Chanel exclamó varias veces:

—¡Muy bien! considerando sus heridas y muerte como una dicha, haciendo á Dios el sacrificio de su vida, y bebido el cáliz de los sufrimientos con generosa heroicidad. Todos los testigos de su martirio manifiestan que no se le escapó ninguna queja, ninguna lágrima

ni suspiro, que conservó siempre su igualdad de ánimo, muriendo como un cordero, á ejemplo de su Divino Maestro.

La rabia de los insulares contra el venerable misionero no conoció ya límites. Uno le hundía la pica bajo el brazo derecho, otro lo pateaba, otro lo arrastraba golpeándole con la macana, hasta que otro, en presencia de Niulika, le dió un hachazo en el cráneo, que le hizo saltar parte del cerebro. Este fué el golpe de gracia, porque el Mártir dió un grito y su alma voló al cielo, el 23 de Abril de 1841.

El cuerpo ensangrentado del P. Chanel fué enterrado cerca del sitio en que sufrió el martirio. Pero lo más notable es que á su muerte siguió la conversión casi instantánea de toda la isla Futuna; ¡tan cierto es, como

han visto operarse todos los grandes misterios de nuestra redención; y en segundo lugar, el trabajar por la conversión de los infieles, herejes y cismáticos que, por desgracia, hay en este país bendito por tantos Profetas, los Apóstoles, la Santísima Virgen María, y sobre todo por el mismo Hijo de Dios. Tal es la gloriosa obra emprendida y sostenida sin interrupción y sin descanso por espacio de más de seis siglos por la Custodia franciscana de Tierra Santa.

Pero esta obra que interesa á toda la cristiandad, debe encontrar especial ayuda y socorro entre los fieles de España, por haber sido esta nación la que más se ha distinguido en todos tiempos por su devoción y amor á los Santos Lugares de nuestra redención, y que más ha contribuido indudablemente á su conservación y culto.



MADAGASCAR.— Danza malgache. (Fág. 310)

dice Tertuliano, que la sangre de los Mártires es semilla de cristianos! *Sanguis Martyrum, semen christianorum*. Se construyó una iglesia sobre el sepulcro del héroe, y una cruz designa el lugar de su reposo. La causa de la beatificación se presentó en Roma el 17 de Septiembre de 1857.

LA CUSTODIA DE LOS SANTOS LUGARES

OBRA santa y piadosa por excelencia puede llamarse sin duda aquella que tiene por objeto la recuperación y conservación para la Santa Iglesia católica de los santuarios de Palestina y de la Judea, que

Por ello, pues, el Padre Procurador general de la misma, invita desde la santa ciudad de Jerusalén á la caridad española á seguir socorriendo con el óbolo de su generosidad las necesidades que hay siempre en la Custodia franciscana de los Santos Lugares de la Judea, Galilea, etc., quedando para recibirlo los mismos señores Comisarios que tiene la Obra Pía en España.

I. *Origen y progresos de la Santa Custodia*.—San Francisco de Asís fundó la Custodia de Tierra Santa, cuando visitando los Santos Lugares dejó en ella algunos de sus discípulos á este santo fin. Desde aquel tiempo la Santa Custodia no pudo tener la dicha de abrigar en ella á ningún sucesor del Santo Patriarca, hasta que hoy día, habiendo vencido todas las dificultades y obs-

táculos, que no faltaban jamás, pudo ir el Rmo. P. fray Luís de Parma, ministro general de toda la Orden franciscana, para poder satisfacer sus ardientes deseos como hizo el Santo Fundador, los cuales fueron de adorar los santuarios de Palestina, depositar su corazón en la sagrada tumba de nuestro amable Redentor, y abrazar en su seno á sus queridos hijos esparcidos por toda la Santa Custodia, trabajando como buenos operarios en la viña del Señor.

Actualmente la Misión de Tierra Santa se extiende, por orden de la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide*, hasta Jenige-Kalé, en la Cilicia, y pasa toda la Siria, la Galilea, Judea, el Bajo y Medio Egipto, hasta Puerto-Tewfik, sobre la costa del mar Rojo. Ella tiene, incluso el de Constantinopla y los de Chipre, cuarenta y ocho conventos y hospicios ó centros de Misión; en los que tiene 432 Religiosos, sin contar los terciarios y los jóvenes llamados postulantes, que visten el hábito franciscano y forman parte del cuerpo religioso, y llegan al número de unos 50 individuos. Todos los cuales se ocupan en rogar á Dios por la Iglesia, por España y por todos sus bienhechores; en enseñar á los niños y niñas árabes é instruirlos en los rudimentos de nuestra fe, y las humanidades en más de 52 escuelas diferentes, todas enteramente gratuitas para la enseñanza, y la mayor parte aún para el abastecimiento de libros y demás utensilios de escuela; en atender al desempeño de 42 parroquias, cuya mayor parte son de importancia, y de un crecido número de almas, particularmente la de Alejandría, que se compone de más de 31,000 de diferentes lenguas y naciones, haciendo por la conversión de los infieles y abjuración de los cismáticos esfuerzos grandes, que son coronados de felices resultados; consolando y aliviando á las viudas; tomando á su cargo todos los huérfanos y pobrecitos de la Iglesia latina, habiendo fabricado para ese objeto en Jerusalén dos grandes edificios, uno para niños al cuidado de tres Religiosos con un Padre director, siendo en la actualidad los niños unos 78; y el de niñas, que ascienden á unas 60, se halla regido por nueve Religiosas terciarias franciscanas; distribuyendo socorro á unas 450 familias pobres, á la mayor parte de las cuales se les provee de habitación, de pan, medicinas y otros alimentos, etc. Y todo esto, en fin, con el mantenimiento, guarda y culto de más de 46 santuarios, sin contar las 7 hospederías que hay para recibir los peregrinos; y además las oficinas que hay en el convento de San Salvador para la enseñanza de los huérfanos y pobres de la nación, como son: carpintería, imprenta, herrería, molinería, zapatería, marmolista, organero, sastrería, etc.

II. *Necesidades*.—Las obras que ha de realizar la Santa Custodia aumentan de día en día, hoy más que nunca necesita el óbolo de los católicos para poder continuar con lo que de tantos siglos viene operando, y aun para fabricar algunas capillas en la Misión de Cilicia, la que cada día va progesando más y más, como también las iglesias de Rama de Palestina, la antigua Arimatea, que está amenazando ruína, ocupando el lugar de la casa de San Nicodemo, discípulo del Señor; tiene también que cubrir los gastos por la adquisición de algunos santuarios y que están aún sin capilla, como son Carfarnaum, la casa de los Santos Joaquín y Ana

junto á Nazaret, la antigua iglesia de Emaús, idem de la Flagelación, idem de la Visitación de la Santísima Virgen á su prima Santa Isabel, idem en Jericó, y de algunos otros.

III. *Ventajas espirituales*.—Si bien la limosna que pide de los fieles la Custodia franciscana de Tierra Santa es grande, no son menores, sin embargo, las ventajas espirituales que el Señor distribuye por su medio á sus piadosos bienhechores. Estos son tales, que en realidad puede asegurarse que el reconocimiento á la recompensa sobrepuja al beneficio. En efecto, la Custodia franciscana celebra todos los años, sólo en la ciudad de Jerusalén y en sus incomparables santuarios, más de 10,000 Misas, cuya mayor parte son aplicadas por sus bienhechores. Todas las Misas cantadas, con muy raras excepciones, tanto en días festivos como feriales, que se celebran solemnemente en el Santísimo Sepulcro y en los demás santuarios é iglesias de la Tierra Santa, son aplicadas por los bienhechores. De la cuenta de Misas celebradas en toda la Custodia franciscana en el pasado año, resulta que el número total de Misas aplicadas exclusivamente por los bienhechores, ascienden á 17,911, comprendiendo en este número las aplicadas particularmente por los reyes y príncipes cristianos vivos y difuntos, que son sus primeros bienhechores.

Ellos participan igualmente de las oraciones, ejercicios espirituales y tantas otras obras de piedad y devoción que se practican todos los días en estos conventos, parroquias y escuelas.

Finalmente, la Santa Custodia franciscana tiene en el cielo como intercesores por todos los que la ayudan con sus limosnas, sin contar un gran número de Siervos de Dios que murieron en opinión de santidad, sobre 2,000 Mártires de la fe que cayeron en otros tiempos bajo la cimitarra de los musulmanes é infieles, y más de 6,000 Mártires de la caridad que perecieron víctimas de la peste y otras epidemias.

Dígnese el Señor hacer comprender á todos los piadosos fieles que aman la Tierra Santa y sus santuarios, cuánto le será á El agradable y cuán rico el tesoro de bienes espirituales á que ellos se harán participantes con el concurso generoso de su caridad.

ALBUM MALGACHE

EL FANDROANA

II

EL BAÑO Y EL SAMPÁ

LA mañana del día del baño se dedica á la memoria de los antepasados, á quienes se llora hasta que sale el sol, en cual instante se inmolaba antiguamente un gallo rojo.

A las seis dispárase un cañonazo. En el palacio Real y en otros dos puntos de la ciudad hay baterías comprendiendo en junto cincuenta y tres piezas de artillería, algunas sin cureñas.

Transcurre el día en regocijos diversos. A la noche se ilumina el palacio: acércase la hora del Fandroana.

En Tananarive hay tres palacios reales: uno de ellos,

el de Manjaka-Miadana, sólo se abre para la fiesta del baño.

Un macizo arco de triunfo, de unos doce metros de alto, da acceso al patio de honor, en el que hay dos músicas, una batería y coros de cantores de ambos sexos.

El vasto salón del baño está ocupado por los príncipes y princesas de la sangre, los representantes de las castas y del ejército, los cónsules y el personal civil y militar de la Residencia de Francia.

En medio del salón, desembarazado de todos los muebles, levántase una columna de un metro de diámetro que llega hasta el terrado, atravesando las habitaciones superiores. Una consola de ébano que rodea la columna contiene vasos de oro y plata. El estrado está cubierto de esteras finísimas. Todo el mundo se sienta en el suelo ó permanece en pie. Únicamente el Residente general de Francia tiene una silla cerca del trono.

Este, según costumbre, hállase en el ángulo Noroeste. La Reina viste el traje nacional: lamba escarlata, brazaletes con adornos de coral, un enorme collar con granos también de coral, una ligera corona de oro bruñido, en cuya parte anterior se dibuja el gavián, símbolo de la dinastía. En las gradas del trono está sentado el primer ministro Rainilaiarivony, luciendo la cruz de comendador de la Legión de Honor.

La música toca la marcha de la Reina; y luego empieza el desfile de los portadores de agua, leña, marmitas y los diferentes objetos necesarios para calentar el baño y cocer el arroz. Al estar caliente el agua, mándase guardar silencio, y la Reina se retira á la izquierda, en una alcoba formada con colgaduras color de escarlata.

Mientras que recibe la ablución la Reina exclama tres veces: *Masima aho* (Estoy purificada), y le contestan: *Masina hianao* (Sed purificada). Los príncipes y princesas de la sangre entran entonces en el recinto reservado, donde la Reina les bendice.

Luego S. M. reaparece vestida á la europea: tela de terciopelo carmesí, un espléndido collar de diamantes, y ceñida con la corona real. Tiene en una mano un cuerno de buey ó una calabaza con adornos de plata, llena del agua del baño. Con ella rocía á los asistentes, poco á los europeos, y abundantemente á sus súbditos indígenas. Atravesando el salón en toda su longitud, llega á la puerta, echa agua en la dirección de los cuatro puntos cardinales, da vuelta al palacio, y vuelve á ocupar su lugar en el trono.

Salvas de artillería anuncian al pueblo el momento en que S. M. entra en la alcoba, y el instante preciso del baño, y otra salva la saluda al presentarse á la puerta del palacio.

Cumplido el rito primero del Fandroana, se pasa á la segunda comida. Cocido el arroz, y recalentado el buey conservado desde el año precedente, sírvase á la Reina y después á todos los asistentes (1). Luego dice la Reina:

(1) Ordinariamente un plato sirve para tres convidados, sirviendo de cuchara un trozo de hoja de plátano. Hace algunos años que, habiéndose admitido á muchos extranjeros, sólo se sirve el *jaka* á la familia Real, y los indígenas lo comen en sus casas.

—Yo, la única Reina y única Señora de Madagascar, os invité al baño de este año nuevo. Que Dios os haga vivir mil años juntos: comed.

Pruébense los manjares presentados, y todo el mundo se levanta, y grupos de danzantes vestidos á la europea, los hombres de negro y las mujeres con tocado de baile, ejecutan algunas danzas locales.

Por último los príncipes, los jefes de la nobleza, de la clase media, del pueblo, del ejército y de la casta negra presentan á la Reina el *husina* (homenaje).

Después de breves palabras de la Reina levántase la sesión y empieza un nuevo año.

El primer día del año es el autorizado para la inmolación de los bueyes. Cada familia mata por lo menos un buey. Cada cual tiene que comer restos conservados del último Fandroana. Enviase á todos los parientes y amigos un poco de carne fresca, á la que se da el nombre de *nofonkena mitam'pihavana* (Carne que consolida la amistad). Así en todas direcciones se ven esclavos con tales presentes, harto repugnantes. No enviar este *jaka* (estrenas) sería una grosería de primer orden. Al pedazo de carne se añade otro de piastra.

Un festín de niños corona y termina las fiestas. Todos se dirigen al Mahamasine, guisan un pedazo de carne, y bailan y juegan en libertad hasta la noche.

Las visitas é invitaciones duran un mes. La Reina cierra este período yendo á Ambohimanga á orar ante la tumba de sus antepasados, á quienes ofrece la sangre de un buey inmolado el día siguiente del baño.

Los capellanes protestantes del palacio han añadido oraciones metodistas á las diversas ceremonias del Fandroana; pero no han podido ocultar su significación primitiva y pagana.

CRÓNICA

Roma.—El Ilmo. Cirilo Macayre, patriarca de los coptos, acompañado de su secretario se ha unido á la Misión austriaca que salió del Cairo el 30 de Mayo último para Puerto Said y Abisinia. Es portador de una carta del Papa á Menelik, en la que se pide permiso para que una Misión de ocho europeos pueda entrar en Abisinia, y se impetra de este Soberano la libertad de los prisioneros italianos.

En Diciembre de 1878 Menelik, rey entonces de Choa, envió á Su Santidad una carta de felicitación por medio del Ilmo. Massaia, vicario apostólico de los gallas, que después fué elevado al cardenalato. Más adelante, con ocasión del Jubileo Sacerdotal del Papa, Menelik mandó remitir al Padre Santo varios manuscritos abisinios, que se conservan en la biblioteca vaticana: en una y otra ocasión León XIII contestó afectuosamente al Negus, agradeciéndole su buena voluntad; y hoy, refrescando la antigua amistad, intenta conseguir lo que no ha podido lograr el Gobierno italiano.

Mercedes (Filipinas).—De una carta del R. P. Juan Garriga, S. J., extractamos lo siguiente:

«Presumo que V. R. tendrá ya noticia detallada de la primera excursión que hice con el fervoroso y benemérito P. Sancho. Algo le podría decir de los alegres ratos que pasé con los niños, y cómo cautivaba su corazón con las aleluyas (*rodolins*), que pronto se me agotaron. Era cosa de ver como los pobres niños se agrupaban á nuestro alrededor para alcanzar alguna. Yo les hacía una pregunta de doctrina, y si me respondían á ella, luego recibían un *rodoll*, y ellos quedaban tan contentos. ¡Lástima que ya no tengo con que continuar esta industria! Vea V. R. si de España

me envían unas cuatrocientas hojas. ¡Cada hoja un ochavo! ¡Cada hoja cuarenta y ocho aleluyas! ¡Con cada aleluya, con cada cuarenta y ochoavo de ochavo, puedo exigir un *Padre nuestro* ó un *Credo*!

«No hay para qué decir que dicha excursión en compañía del valiente Padre me fué muy provechosa. Él me enseñó el modo de conquistar á los indios; él fué el que encendió la devoción á los curuanos para que levantasen una nueva hermosa iglesia y casa-convento; él, el que preparó los ánimos de los habitantes de Bólong para que, á imitación de los de Curúan, hicieran otro tanto. Así se explica que en el término de cinco meses se hayan levantado dos iglesias de tabique pampango y dos conventos. Yo no he desempeñado en estas obras otro papel que el de conservar el fuego que el P. Sancho pegó entre estas buenas gentes, y de ponerles de cuando en cuando un poco de solimán en la cabeza, para que no se duerman. Sabe muy bien V. R. lo que son estos pobres indios, si no hay quien les urja: recuerdanme aquellos monigotes de cartón, que si algún *quidam* no tira del hilo, no tienen movimiento; pero en tirado, todo es mover brazos y piernas.

«Durante mi estancia en esta visita, he casado á los que vivían mal unidos. A uno de ellos le rendí con un cigarrito; y había resistido varias veces á las súplicas de otros Padres y del señor teniente.

«Un caso me pasó allí, que prueba bien que Dios protege á los misioneros en las circunstancias apremiantes. Un día se me presentó muy azorado el señor teniente diciéndome que los moros se habían apoderado de una vinta y de un niño de la escuela de doce años.

«—Voy, me dijo, á dar parte inmediatamente al gobernadorcillo de Las Mercedes.

«Díjale que mejor sería ver primero dónde estaba la vinta cuando lo apresaron. Respondióme:

«—Padre, se puede saber, pues tengo ya en el cepo al que se llevó al niño.

«—Entonces, dije, tomarle declaraciones.

«Fuimos al tribunal, y, preguntado, se declaró ignorante de todo, añadiendo que por la tarde dejó él solito al niño en la vinta, y después de una hora se encontró la vinta sin el niño, y que por esto había ido á Curúan á dar parte. Entonces le dije:

«—Díme, ¿dónde dejaste tú la vinta?

«Satisfizo á la pregunta, y luego dispuse que el señor teniente con cinco hombres bien armados marchasen á aquel sitio, y preguntasen al mandarín de la ranchería si sabía algo del robo cometido, espantándole con amenazas si callase ó disimulase, y haciéndole responsable del hecho. Quiso la Divina Providencia que antes de llegar á casa del mandarín, topasen los nuestros con el niño, acompañado de un moro de mala mirada. ¡Iría á venderle ó internarle! Cogieron al moro y con él se fueron alegres del hallazgo á casa del mandarín, que nada sabía de lo acaecido. El mismo dió una escolta á los indios, y todos llevaron al niño á la casa del señor maestro, donde yo estaba. Mi alma se llenó de un suavísimo consuelo, y di gracias á Dios por el beneficio que me acababa de conceder. Luego repartí cigarritos á los moros, que después de un rato de *bichara* se retiraron. Yo me quedé con el niño, que era huérfano de padres, y actualmente es bata del convento. Es muy vivo y tiene talento. El señor teniente me dió las gracias por el consejo que le di y por verse libre de ese disgusto.

«Actualmente Curúan es una visita pequeña, que consta de unas treinta y ocho familias, según el último padrón. Sin embargo, por su hermosa posición topográfica, por su fecundísima y amena comarca y por los muchos subanos infieles que viven en los montes vecinos, puede llegar, con la ayuda de Dios y con el celo de los Padres, á ser una población importante. Bastaría por de pronto que el Gobierno cediese á los cristianos una gran llanura que tienen los moros inculta, para que pudiesen levantar allí los de Curúan sus casitas. El mandarín no quiere ceder dicho terreno, que dice posee en virtud de un contrato con las Autoridades de Zamboanga; así es que no puede por hoy ensancharse la población.

«En Bólong he unido en matrimonio á cinco parejas, que vivían mal. Les di un anillo, y fueron más contentos que unas Pascuas.

«En Las Mercedes he organizado una escolanía. Todos los niños tienen ya su sotanita y subeca, y con esto tengo la población principal en mis manos.

«A fin de que V. R. se forme una idea de lo trabajoso que es el desempeño de esta Misión, le apuntaré brevemente el estado de ella.

«Sus cuatro pueblos ó visitas respectivamente distan de la parroquia (que es Las Mercedes) unas tres, ocho y quince leguas. Tengo, además, cinco grupos de casas, distantes del convento unos tres y cinco cuartos de hora, sin contar las muchas familias aisladas que viven entre los bosques. A lo dicho se han de añadir unas doce rancherías de moros, que están enclavadas en la Misión. Por consiguiente, si no escribo á V. R. con la frecuencia que desea, no es por falta de voluntad, sino por sobra de trabajo. ¡Ojalá pudiese partirme en mil pedazos, para poder atender á todas las necesidades temporales y espirituales de estos pobres indios!

«Aquí ocupa mucho la administración de los Sacramentos, porque los indios, en general, temen mucho morir sin la asistencia del Padre misionero, y sin recibir la santa Unción; de modo que, al menor síntoma de enfermedad, luego acuden al convento diciendo que el enfermo está grave, no teniendo á veces más que una ligera indisposición. Con todo, el misionero debe resignarse á estas molestias y cansancios, y darse por contento de que le llamen; pues si así no lo hiciese, á buen seguro que muchos, contenidos por su carácter apocado, saldrían de este mundo sin los auxilios espirituales. Y en verdad dígoles, Padre mío, que al recordar como en las grandes poblaciones de España es á menudo necesario emplear mil rodeos para llegar el sacerdote al enfermo, y después, todavía, no siempre es fácil lograr que se confiese; mientras veo aquí á estos pobres indios llamar tan á tiempo al Padre, recibirle toda la familia con general alegría y respeto, desahogarse con él el enfermo, confesarse como para morir, hacer tanta estima de la Extremaunción, quedar después tan tranquilo, y morir, si llega el caso, con tan buenas prendas de su salvación; el consuelo que se siente es tan puro y tan íntimo, que bien se da uno por pagado de todas sus fatigas y sudores, y mal comer y perder noches.»

Africa Central.—El primer rey cristiano en el Africa Central lleva el nombre de Francisco. Es Ndega, rey de Ushiroombo, quien últimamente, después de una grave enfermedad pidió el bautismo y fué hecho cristiano por el R. P. Gerboin bajo la invocación del Santo de Asís. Dos de sus hijos eran ya católicos, y los otros dos están en la instrucción preparatoria para ser admitidos en la Iglesia.

Oceania.—El Ilmo. Sr. Martín, vicario apostólico en las islas Marquesas, escribe lo siguiente:

«Acabo de saber que la pequeña isla Nahuka, á donde se han hecho raras visitas, se dispone á recibir el bautismo. El R. Padre Chalet que prepara á estos nuevos hijos de Dios y de la Iglesia, es un anciano misionero de larga y canosa barba. Esta barba es para él una renta de cien francos. El R. P. Oréne acaba de vender la suya por ciento cincuenta francos. Los canacos están locos por ellas. Las emplean en hacer plumeros para sus cascos de concha de tortuga... Los misioneros con este dinero compran vestidos para sus leprosos. Conozco á uno que quisiera ya ser viejo para tener una barba blanca como la suya, que llega hasta la cintura: valdría doscientos francos.»

VARIEDADES

LA VIRGEN DEL CARMEN EN LOS PAÍSES DE MISIÓN

Un misionero del Indostán llegó un día á un pueblo donde se encontraba un miserable apóstata de la fe. El infeliz estaba en cuerpo y alma entregado al demonio, y hasta poseso. Cuando el misionero llegó á

su casa nuestro apóstata estaba gravemente enfermo y totalmente desesperado. Entró en su habitación, y á la vista del sacerdote el demonio agitó con violencia á su víctima, profiriendo éste con tal motivo las más terribles blasfemias. El misionero le calmó, y acercándose á su lecho se puso de rodillas en oración mientras el enfermo vociferaba; los circunstantes comenzaron también á orar, viendo que llegaban ya los extremos de la agonía. Tomó entonces con mucha calma el Padre un Escapulario del Carmen y lo colgó del cuello al moribundo. A su contacto se estremeció el poseso, y al hacer un movimiento brusco, arrojó el escapulario. No se desanimó por eso el Padre misionero, y tomando una cruz de San Benito se la colocó en el pecho; pero le sucedió lo mismo que al escapulario, porque también fué arrojado lejos por el enfermo: finalmente, decidido el misionero á no darse por vencido, oró un momento é impuso de nuevo el escapulario del Carmen sobre el cuello del moribundo. Al contacto del hábito de María el apóstata abrió los ojos, miró en derredor suyo y recobró la calma perdida. Al instante, derramando abundantes lágrimas pidió al misionero que le confesara. La victoria estaba ganada; el moribundo se confesó, recibió la absolución, y pasados algunos instantes espiró tranquilamente.

Un criado árabe de la parroquia que los Carmelitas tienen en Caifa, bajo el Monte Carmelo, se embarcó en un vapor austriaco con dirección á Jaffa, donde debía casarse con una joven maronita.

A poco de separarse del puerto sobrevino una terrible tempestad, que obligó á la tripulación á abandonar el vapor, que hacía agua, y á embarcarse en los botes, teniendo Sahbat (que era el nombre del criado) tan mala suerte, que el suyo fué volcado por una ola. Luchó largo tiempo para salvarse, y perdió el sentido, recuperándolo cuando después de haber sido lanzado á la orilla por una enorme ola, se hallaba rodeado de un gentío inmenso, que había acudido á socorrer á los naufragos. Entonces, arrodillándose, dió gracias á la Virgen del Carmen, cuyo escapulario llevaba, y á quien decía haberse encomendado en el momento de verse arrojado al agua, debiéndole su milagrosa salvación.

LOS MISIONEROS Y LA GEOGRAFÍA

EN este siglo, como en los anteriores, los misioneros católicos han prestado señalados servicios á las ciencias geográfica y demográfica.

En una obra reciente, recopilación de unos artículos publicados en el *Cosmos*, Mr. Valeriano Groffier tributa á los misioneros merecidas alabanzas, y recuerda sus servicios con motivo de las ofrendas que hicieron á la Exposición Universal de Lyon. Había en esta exhibición seiscientos volúmenes completos y numerosos mapas geográficos.

En una rápida ojeada sobre el mundo, Groffier señala los puntos más salientes en la obra geográfica y científica de los misioneros, escogiendo los nombres más sabios é ilustres.

Recuerda de un modo especial la grande obra del

cardenal Lavigerie, y la del cardenal Massaia, que pasó veinticinco años en Etiopía.

Zanguebar, por espacio de veinte años, ha contado un grupo de eminentes misioneros: los PP. Horner, Baux, Picarda, Sacleuy, Machon, el Ilmo. Courmont y sobre todo el Ilmo. Le Roy han descrito la isla de Zanzibar bajo todos sus aspectos, y particularmente la zona continental que le pertenece; no hay Misión cuyos ríos y montañas, tribus é idiomas, flora y fauna sean mejor conocidos que la de ésta.

A un misionero jesuita debemos una importantísima obra geográfica sobre Madagascar. El P. Roblet dedicó quince años á un estudio minucioso del interior de la isla, siendo su resultado una notable obra topográfica, compuesta según todas las reglas de la ciencia, obra que fué calificada de «sin precedente en los anales geográficos.»

Además de los mapas de las dos principales provincias de la grande isla, el P. Roblet publicó el gran mapa de Madagascar, sobre la escala de 1 á 1.000.000, que le ha valido las más honrosas recompensas.

Al P. Schynze debemos la exploración y mapas de los países situados al O. del Victoria-Nyanza, y al Ilmo. Augouard importantísimos estudios acerca de los naturales de Ubanghi, por cuyos estudios se le confirió el premio quinquenal Garnier.

Al N. del Congo encontramos al P. Le Roy, que ha paseado desde las costas de Zanguebar á las del Ogowé su encantador pincel y su cruz de misionero.

Las cartas del P. Barghero fueron por largo tiempo el único manantial á que podían acudir los que tanto en Francia como en Italia é Inglaterra tenían puestas sus miras sobre el Dahomey. Dios le llamó á sí en el preciso momento en que este país de los sacrificios humanos iba á caer en poder de Francia. En 1861 vivió por espacio de algunas semanas en aquella capital, y obtuvo una audiencia del rey Grere, padre de Behanzin; pero se vió obligado á reconocer la imposibilidad absoluta de fundar un centro de civilización cristiana en aquella abominable ciudad. El honor de derribar el baluarte del canibalismo estaba reservado á los cañones de Dodds, treinta años más tarde.

Al N. y al E. del Dahomey los mensajeros de la buena nueva habían anteriormente plantado cruces en todos los caminos que conducen á Kita y á Bida, á Tombuctu y al lago Tchad. Tanto en El-Obeid como en El-Tchad, en Khartum como en Gondokoro, el perfil de las torres de alguna pequeña iglesia nos muestra que el nombre de Dios ha penetrado hasta el Nilo: desgraciadamente ahora sólo existen ruínas. La insurrección del Mahdí, al destruir la obra del gran obispo Ilmo. Comboni, suprimió los informes que nos enviaban los misioneros; pero los rehenes que retuvo prisioneros por algunos años, PP. Ohrwalder y Rossignoli, lograron escapar y vinieron á contar á Europa lo que sucedía en las profundidades del Sudán, ahora más que nunca cerrado á los europeos.

No podemos dejar el Africa sin recordar las obras sobre Egipto con que el P. Jullien, y otros han enriquecido la colección de *Las Misiones Católicas*.